

AVANZADILLA CÓSMICA

ROY SILVERTON

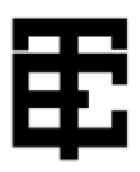
AVANZADILLA CÓSMICA

Colección ESPACIO

Avanzadilla cósmica

por

ROY SILVERTON



EDICIONES TORAY, S. A,
Arnaldo de Oms, 51—53
BARCELONA

Depósito Legal: B. 10.328
— 1961
Núm. De Registro: 387 — 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. — Arnaldo de Oms, 51—53
BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



L Gran Jefe se irguió en su asiento, agitando la enorme cabeza de acusada dolicocefalia, que contrastaba con la enclenquez y escaso tamaño de su cuerpo.

—¿Y bien, Abmac? — preguntó.

Abmac estaba sentado en su silla movible frente a él. Sus características físicas eran idénticas a las del Gran Jefe. Toda la raza que habitaba el planeta Neafar poseía una cabeza enorme, superdesarrollada a expensas del resto del cuerpo, tan debilitado que había llegado a no poderse sostener por sí mismo. El uso de las sillas movibles era forzoso para aquellos seres de cerebros hipertrofiados pero débiles físicamente, y ni siquiera el respeto debido al Gran Jefe podía hacer que se mantuvieran de pie en su presencia.

—Mi viaje ha sido largo, pero satisfactorio, señor —dijo Abmac —. He recorrido millones y millones de años luz, hasta que he encontrado lo que necesitamos.

—¿Dónde está eso?

—En una remota galaxia que «ellos» llaman la Vía Láctea. Ha sido lo último que he visitado, porque está alejadísima de nosotros.

—La distancia es lo de menos —dijo el Gran Jefe—. Nuestras naves recorren millones de años luz en poco tiempo. ¿Qué hay en esa Vía Láctea?

—Entre miles de millones, hay un sistema planetario que «ellos» llaman el Sistema Solar —explicó Abmac—. Su centro es un astro al que denominan Sol, pero su verdadero centro, su capital, está en un planeta al que llaman «Tierra». «Ellos» proceden todos de allí, pero ahora tienen colonias y bases en los demás planetas del Sistema, nueve en total, sin contar los satélites y los asteroides.

—¿Quiénes sor «ellos»? —quiso saber es Gran Jefe.

—Los hombres. Este es el nombre que se dan a sí mismos. Tienen cierta semejanza con nosotros. Están más desarrollados; son físicamente más fuertes, hasta el punto que pueden desplazarse sin ayuda de máquinas. Pero —y al decir esto Abmac sonrió con desprecio—, su cerebro es muy inferior al nuestro. Son incapaces de dominar telepáticamente a nadie. Su fuerza, aparte de su potencia física, reside en las terribles armas que han conseguido construir, y que hasta ahora sólo han empleado para destruirse unos a otros.

El Gran Jefe sonrió.

—Nada se me hace difícil de entender —dijo—. También nuestra raza atravesó esta extraña fase en tos remotos tiempos que llamamos nuestra Prehistoria. Y por lo que me has dicho, Abmac, deduzco que los hombres han de ser presa fácil para nosotros.

—Todo lo contrario, señor — replicó Abmac—, Porque ese espíritu de discordia intema desaparece tan pronto como se presenta la menor sombra de amenaza exterior. Ante un peligro de esta clase, la raza humara olvida al momento todas sus discrepancias y forma un conjunto granítico, dispuesto a darlo todo por su libertad; por el derecho a volver a pelear entre ellos sin que nadie se interfiera.

El Gran Jefe volvió a sonreír, pero esta vez con un leve resabio de tristeza.

—No obstante, va a ser necesario que los dominemos —dijo—; que los exterminemos, incluso, si no hay otro remedio. Me has dicho que son físicamente fuertes; pero me hace suponer que están bien alimentados y, por lo tanto, que disponen de comida en abundancia.

—Si no fuera por este detalle, no te habría hecho perder tiempo escuchándome, señor. Sí; la riqueza alimenticia de la Tierra es enorme. Tan grande, que ella sola se basta para suministrar comida a todos los planetas y satélites del Sistema. Y eso que no han sido explotadas aún todas sus posibilidades. Sus reservas de trigo son incalculables; y comen también carne en gran cantidad.

—¿Se devoran unos a otros? —preguntó el Gran Jefe, no sin repugnancia.

—Comen carne de animales —aclaró Abmac—, En la Tierra existen infinidad de especies inferiores, irracionales, que sirven de alimento a los hombres. Ellos todavía tienen dientes; nuestra raza hace ya muchos siglos que los ha perdido.

La tristeza del Gran Jefe aumentó, al evocar el pasado del planeta Neafar. En otros tiempos habían existido también allí especies animales, extinguidas hacía ya milenios. La raza dominante les comía con toda naturalidad. Entonces era muy distinta a ahora; se parecía más a aquellos seres a los que Abmac llamaba «hombres». Tenían dientes; su cabeza estaba menos desarrollada, su cerebro era más reducido, su inteligencia menor, pero eran más poderosos y no necesitaban de ninguna silla para sostenerse. Eran lo que en la historia de la evolución del planeta se llamaban «razas ancestrales», inferiores, de las que se habían derivado los actuales e inteligentísimos habitantes de Neafar.

¡Pero a aquellas razas inferiores no les había faltado la comida, y éste era el gran drama actual del planeta! Neafar estaba agotado. No era culpa de sus habitantes, pues por mucha que fuese la inteligencia de éstos nada podían hacer contra la progresiva disminución del calor del astro central que les daba vida. Su sol había empezado a perder fuerza hacía ya muchos milenios, y este proceso continuaba, acelerándose de un modo tal que amenazaba con la catástrofe. Apenas si recibían luz, y el frío era siempre intensísimo. Las especies animales habían desaparecido por completo, y sólo se habían podido conservar algunos vegetales, los más indispensables, que desde tiempos que ahora eran ya remotos se cultivaban en grandes invernaderos con luz y calor artificiales.

Pero esto no bastaba, y dichos vegetales habían ido perdiendo poco a poco su capacidad alimenticia, hasta el punto de que apenas si se podía considerar que tuvieran ya más el pequeño valor. EÌ cuerpo de aquellos seres había perdido todas sus fuerzas, pese a las constantes inyecciones de drogas, y su cerebro a parte que se había superdesarrollado y que, por tanto, había podido resistir mejor a la escasez alimenticia por disponer de más reservas naturales, se estaba empezando a debilitar también. La raza ya no era mentalmente tan ágil como algunas generaciones atrás, y si la cosa continuaba, aquel cerebro. Que era su orgullo, acabaría idiotizándose. Mejor dicho, acabarla por desaparecer, porque la raza entera se extinguiría.

Por eso había sido necesario adoptar medidas extraordinarias, y una de ellas había consistido en el envío de exploradores en busca de alimentos adecuados.

No era fácil encontrar en el Universo lo que convenía

exactamente a los habitantes de Neafar. Muchísimos mundos estaban todavía en formación en estado gaseoso o de magma, mientras que otros, agotadas sus posibilidades de vida, no eran más que enormes desiertos de rocas y arena. Los había también en plena actividad vital, con vegetales y animales, y hasta con seres inteligentes; pero era un tipo de vida adaptada por completo al mundo en que se hallaba y sin que pudieran sacar provecho de ella los seres de otros sistemas.

Hasta que, por fin, Abmac, acababa de llegar llevando la noticia de que había encontrado un planeta cuyas características eran muy semejantes a las de Neafar en los felices tiempos de su máximo esplendor. Había allí vegetales comestibles, especialmente trigo, que tanto se encontraba a faltar en el casi muerto Neafar. El planeta hallado era el que sus habitantes llamaban la Tierra, y no presentaba más que un inconveniente; que vivían en él millones y millones de seres que se daban el nombre de «hombres»; que estaban organizados inteligentemente, que disponían de armas para defenderse y no se mostraban dispuestos a dejarse arrebatar lo que por derecho natural les pertenecía.

Esta era la situación, tal como Abmac acababa de exponerla al Gran Jefe, quien permaneció pensativo unos momentos, y luego dijo:

—Conquistaremos la Tierra, Abmac.

—No nos será fácil, señor. Yo he podido pasar inadvertido porque era uno solo y mi nave, pequeñísima, resultaba fácil de ocultar. He estado siempre en la parte que es de noche. He visto a los hombres, sin tratar directamente con ellos, y en poquísimas horas, gracias al cerebro privilegiado de nuestra raza, he podido aprender sus principales idiomas. Me he podido deslizar en sus bibliotecas y archivos, asimilando rápidamente cuanto les concierne. He leído sus periódicos, he visto su cine y su televisión, y me he enterado de cuánto hacen y de cuánto les preocupa.

—¿Y qué consecuencias has sacado, Abmac?

—Que la invasión no será fácil si se realiza de golpe. Ya te he dicho cómo son, señor. Tan pronto como nuestro destacamento ponga no los pies, sino sus naves individuales de lucha en la atmósfera terrestre, dejarán a un lado cuanto pueda separarlos momentáneamente y todos, como uno solo, se lanzarán contra

nosotros. No me atrevo a decirte que no los dominaremos jamás, pero la victoria nos resultará muy cara. Sus bases defensivas empiezan en el más alejado de los nueve planetas, al que ellos llaman Plutón.

El Gran Jefe volvió a meditar. Luego, con tono grave, repuso:

—¿Qué me aconsejas entonces que haga? La Tierra nos es necesaria, Abmac. Sin ella nuestra raza sucumbirá irremisiblemente. Si no la conquistamos...

—Yo no he dicho que no la conquistaremos —le interrumpió Abmac —. Sólo que no es prudente enviar un Ejército invasor... de momento. Pero si les desorganizamos, si creamos un caos preparatorio si, sobre todo, anulamos a sus jefes, que son los que en un momento dado ordenarían el contraataque y lo dirigirían incluso...

La repugnante boca sin dientes de Abmac se retorció en una maligna sonrisa. En su hipertrofiado cerebro, en el que el hambre ancestral había alojado la crueldad, se estaba empezando a forjar un plan.

El Gran Jefe le miró con avidez.

—¿Tienes una idea. Abmac?

—Creo que sí. Es cuestión de tiempo, pero la Tierra será nuestra. Nuestra raza puede soportar todavía el hambre por un breve período, pero luego se saciará con creces y la conquista de la Tierra nos costará muy pocas víctimas. ¿Me confieres la dirección de la empresa, señor?

—Te doy el mando desde este momento, Abmac. Obra según consideres conveniente. No te daré prisa. Sólo te pido que, como resultado final de tu trabajo, la Tierra y todo el Sistema Solar pasen a ser una dependencia de Nefar.

— Lo serán, señor. Es Abmac quien te lo asegura.

* * *

Phil McLaglen, sargento de la Policía Metropolitana, efectuaba su habitual ronda nocturna por aquel barrio del sector Sur de la inmensa ciudad de Nueva York, que estaba bajo su jurisdicción.

Era la rutina de todas las noches. Phil, joven, alto, robusto, y, sobre todo, de una simpatía personal arrebatadora, iba de uno a otro puesto de vigilancia conduciendo su turbomóvil, y tomaba nota de

las novedades que le comunicaban sus hombres, en los distintos puestos de vigilancia.

El último guardia le había dado cuenta de la multa impuesta a un par de borrachos que alborotaban demasiado, y ahora Phil se dirigía hacia el hombre que estaba de vigilancia junto a los grandes depósitos de trigo del llamado Sector Sudoeste. Allí, desde luego, no encontraría borrachos. Aquella zona urbana, ocupada exclusivamente por los grandes depósitos con sus instalaciones y dependencias, no era lugar atractivo para los que salían de noche a divertirse.

De día era distinto. No porque la gente acudiese a divertirse allí, sino por la multitud que acudía a trabajar, ya que junto a los depósitos estaban las refinerías, y los constantes cargamentos que salían para ser distribuidos en la parte que les correspondía de la ciudad de Nueva York, cuyo número de habitantes rebasaba ya los cien millones.

No era fácil abastecer a una cantidad tan considerable de personas. El menor fallo podía provocar una verdadera calamidad pública. Pero el Gobierno Municipal tenía tomadas sus medidas y siempre, por lo menos, se disponía de una reserva de trigo para medio año, lo cual aseguraba contra cualquier inconveniente que pudiera surgir de pronto en el suministro desde el exterior. Los cien millones de neoyorquinos no habían de temer nada en este sentido, porque las mismas precauciones que con el trigo, estaban tomadas respecto a los demás artículos considerados primordiales para la alimentación.

Henry Queen cuidaba de ello, desde hacía diez años, como miembro permanente del Consejo Municipal, y no había tenido nunca el menor fallo. Henry Queen era un hombre honrado, capaz, elogiable en todos los conceptos y más que en ninguno, a juicio del sargento Phil McLaglen, en el de tener una sobrina extraordinariamente encantadora.

Jessy Queen era, según la expresión un tanto grosera de Phil, habituado a la vida ruda del servicio casi desde que tenía uso de razón, «algo que quitaba el hipo». Rubia, esbelta, delicada, con unos ojos enormes azules que cautivaban a todo aquel que los contemplaba. Jessy era el ideal de mujer de aquel siglo XXV, de todos los que le habían precedido y de todos los que le seguirían

después, hasta el final de los tiempos.

¡Y él, Phil McLaglen, casi un soldadote, había sido el elegido de Jessy entre el montón de pretendientes que habían aspirado a su mano! Cuando lo pensaba, le parecía increíble, y lo pensaba continuamente. Pero a realidad era inmutable: Jessy le había dado el «sí» y a boda estaba prevista para mediados del siguiente año. Phil había oído agradables rumores de que para entonces ostentaría ya La graduación de teniente. Y desde que era prometido de Jessy, Phil encontraba a Henry Queen todavía más honrado, más propio y más elogiable por tener una sobria tan preciosa.

Estaba pensando en todo esto, por enésima vez en el curso de aquella noche, cuando llegó a las inmediaciones del depósito. Le extrañó no ver a su hombre en la esquina, como era costumbre, pero no dio demasiada importancia a la cosa. Tal vez estaría rondando por el sector, Steve Morris no era de los que se iban a beber y, por otra parte, allí no había dónde ir a beber.

Detuvo el turbomóvil cerca de la gran entrada del recinto y saltó fuera. Fue entonces cuando se dio cuenta de la primera anomalía. La gran puerta del recinto estaba cerrada, como debía estar a aquella hora de la noche, pero el portillo estaba abierto, cosa que era absolutamente anormal.

Y lo primero con que tropezó Phil al entrar en el amplio zaguán para ver si su hombre de guardia estaba dentro del recinto, fue con el cadáver de uno de los empleados de noche. El infeliz yacía allí, inmóvil, con un pequeño agujero en mitad de la frente, por el que asomaba una gota de sangre, coagulada ya.

— ¡Cielos! —exclamó Phil —. ¡Han asesinado a ese pobre hombre!

Su asombro aumentó al examinar más de cerca a la victima. El pequeño agujero abierto por el proyectil que se había incrustado en su cerebro, ocasionándole la muerte, no correspondía al calibre de ninguna de las armas conocidas por Phil, y como sargento de la Policía Metropolitana conocía muchas. El agujero no tenía más de un milímetro y medio de diámetro; pero la bala, o lo que fuese, había tenido suficiente fuerza de penetración para perforar el hueso y pasar al interior de la masa encefálica.

Pero Phil no era de los que se entretenía meditando cuando hacía falta actuar. Allí se había cometido un crimen, él era sargento de la

autoridad y su obligación era buscar al asesino y no detenerse a estudiar qué clase de arma se había empleado ni cavilar sobre las causas que podían haber motivado el atentado.

Se levantó a toda prisa y corrió hacia el fondo del zaguán, que salía a un inmenso patio interior en el que se efectuaban durante el día la carga y descarga de trigo y harina. Había allí una puerta tan grande como la que daba a la calle, pero ésta no se cerraba nunca; y allí, a la escasa luz que se dejaba durante la noche, Phil encontró otros dos cadáveres; el del segundo empleado nocturno y el del policía a quien estaba buscando.

No tuvo tiempo de comprobar si les había causado la muerte la misma arma que al hombre del zaguán, porque a partir de aquel momento, los acontecimientos empezaron a precipitarse. En primer lugar, al mismo tiempo que descubría los dos nuevos cadáveres, Phil vio dos enormes naves en el patio, junto a los grandes tubos que, empalmados a los depósitos, servían para cargar o descargar, según el funcionamiento que se les diese, las naves que iban a buscar o dejar respectivamente el trigo.

Junto a las naves se movían hombres, cuya misión era exclusivamente vigilar, ya que los tubos efectuaban el trabajo automáticamente. Aquellos hombres iban armados, y apenas distinguieron a Phil alzaron sus pequeñas pistolas para acabar con él, como sin duda habían acabado con los tres infelices cuyos cuerpos yacían allí mismo.

Brotaron las pequeñas balas, pero no alcanzaron al sargento porque éste había adivinado por instinto la intención de los desconocidos, y se había situado de un salto junto a la jamba de la puerta, buscando allí protección.

Captó los leves silbidos de las balas, que fueron a estrellarse contra la pared del zaguán lindante con la calle. Al mismo tiempo echó mano a su pistola de balas perforadoras, y se dispuso a repeler el ataque.

La situación que se estaba planteando allí era completamente absurda. Unas naves desconocidas, tripuladas por gente desconocida también, se dedicaban a robar trigo, uno de los productos más abundantes y más baratos de la Tierra. ¡Y para conseguir ese trigo habían construido aquellas dos enormes naves, cuyo coste debía de ser enorme, y habían llegado al asesinato!

¡Absurdo! ¡Incomprensible! Pero real, porque las naves y los hombres estaban allí, y las balas silbaban muy cerca del cuerpo del sargento. No era el momento más adecuado para especular sobre los posibles fines de aquella gente. Era momento de defenderse y procurar eliminar a mayor número posible; a todos, si no había más remedio, pues si quedaba uno solo en condiciones de combatir de nada serviría que hubieran sido eliminados los demás.

Phil tenía idea de haber visto a cuatro hombres. No podía asegurar que no hubiera más al otro lado de las naves, u ocultos en la oscuridad del patio. Era igual. Lucharía contra los que fuesen, o mejor dicho, procuraría mantenerlos a raya mientras pedía ayuda mediante el pequeño transmisor portátil que formaba parte de su equipo.

Antes de utilizar el pequeño aparato se asomó ligeramente por el lado de la puerta, y pudo ver a sus cuatro enemigos en el patio, completamente descubiertos, como si no temieran su reacción, que avanzaban en dirección a él.

Soltó un bufido de furor. Aquellos tipos estaban completamente locos. Habían podido sorprender a los dos vigilantes y al guardia, sin duda porque éstos no recelaban la criminal agresión, pero por estúpidos que fuesen debían comprender que él estaba alerta y que aprovecharía la menor oportunidad para replicar.

Como sucedió efectivamente. Alargó el brazo armado, apuntando a uno de los hombres, y apretó el gatillo de la pistola. El individuo acusó el impacto, porque la bala, al chocar contra su hombro, le hizo dar una especie de salto atrás. Phil había apuntado al hombro, pues, como hombre consciente de su deber, no buscaba la muerte de sus enemigos sino su incapacitación para la lucha.

Pero eso fue todo. ¡El hombre saltó atrás, impulsado por el proyectil, pero en seguida recuperó la estabilidad y continuó su marcha como si nada hubiese sucedido! No acusaba herida alguna ni la menor molestia siquiera. Asombrado, Phil volvió a disparar, consiguiendo el mismo resultado. No pudo contener sus nervios, y la tercera bala fue dirigida al pecho del mismo hombre, que esta vez cayó al suelo a causa del impacto. Pero tampoco ocurrió nada más. ¡El hombre volvió a levantarse y continuó junto a sus tres compañeros, acercándose cada vez más a la puerta donde estaba Bill!

Mientras por instinto soltaba la pistola de balas perforadoras y desenfundaba la atómica, la que sólo tenía permiso de usar en casos de gran urgencia, una idea cruzó por su cabeza; ¡robots! ¡Aquellos individuos no podían ser más que robots, tan perfeccionados que se confundían con seres humanos! ¡Otra cosa incomprensible! ¿Quién podía ser el loco que se había tomado tanto trabajo y gastado tanto dinero para robar el baratísimo trigo?

Se había vuelto a poner al amparo de la puerta y escuchó cómo las balas enemigas rebotaban contra la jamba. Se dejó caer al suelo, completamente estirado, y empezó a actuar.

Lo resolvió todo casi en fracciones de segundo. Los cuatro robots —Phil estaba ahora seguro de que lo eran —, se encontraban sólo a media docena de pasos de la puerta. Le captarían en seguida, por lo que tenía que obrar antes de que los reflejos de aquellos hombres mecánicos les hicieran bajar sus armas para disparar sobre él. Oprimió el disparador de la pistola, y lo mantuvo apretado mientras hacía dar al arma un leve movimiento de abanico. De este modo, las balas salieron una tras otra, sin interrupción, como si fuese una ametralladora.

¡Y esta vez hicieron efecto! Vio esfumarse a los cuatro robots en rápida sucesión, mientras algunas de las balas se perdían e iban a estallar contra los grandes depósitos de trigo, al fondo, abriendo en sus flancos enormes boquetes por los que hubiera podido pasar un turbomóvil. El trigo del interior se volatilizó también, hasta donde pudo alcanzar el poder atómico de las pequeñas balas. El restante, el no afectado, empezó a salir por los enormes agujeros y se desparramó por el patio en gran cantidad.

Los cuatro robots ya no existían, y Phil no vio a ninguno más en el patio. Se levantó de un salto y, sin soltar la pistola atómica, echó a correr hacia las naves mientras con la otra mano se apoderaba del pequeño transmisor.

Lo hizo funcionar y, siempre corriendo, estableció contacto con la comisaría.

—¡Llama el sargento McLaglen, de l segunda patrulla de vigilancia nocturna!

—¡Aquí el capitán Farrel! — le contestaron—, ¿Algo extraordinario, sargento?

—¡Lo más extraordinario que pueda usted imaginar, señor!

—¡No me vaya usted a decir que están robando trigo «también» en los depósitos de nuestra demarcación, sargento!

—¿Qué? —Phil dio un salto en plena carrera —, ¿Cómo lo sabe?

—En otras comisarías de la ciudad se han recibido partes semejantes en la última media hora —aclaró el capitán —. Al parecer, se ha organizado una banda de ladrones de trigo que quiere hacer pasar hambre a los habitantes de Nueva York. ¿Ha tenido que luchar?

—Sí, y estoy seguro de no haber terminado aún. Las naves siguen aquí. Han sucumbido los dos vigilantes del depósito y el guardia Norton. Ahora trataré de entrar…

—Absténgase de hacer algo mientras no llegue más gente, sargento. Antes de dos minutos tendrá una veintena de hombres a su lado y podrá desenvolverse mejor. Póngase a cubierto y limítese a defenderse si es atacado.

—Sí, señor.

Phil se había parado. Su vista estaba fija en aquellas dos grandes naves, cuya construcción le era completamente desconocida. Su vista estaba fija en ellas, pero de repente dejó de verlas. De súbito, no vio más que las normales y mal iluminadas instalaciones del patio, los depósitos y el trigo que se había desparramado. Las naves habían desaparecido. Sin que Phil las hubiese visto despegar; sin que se hubiera podido percatar de nada. Las estaba mirando, y al instante siguiente las dejó de ver.

Tuvo la sensación de que todo había sido un sueño. Una fantástica alucinación. Pero no era así. Allí estaban los tres cadáveres, las tres víctimas de aquel absurdo robo de trigo, para demostrar que la cosa había sido real.

No había acabado de reaccionar del todo del asombro producido por la rápida e inesperada desaparición de las naves, cuando oyó fuera el leve ruido de los turbomóviles patrulleros de la policía, que acababan de llegar.

CAPÍTULO II



L capitán Farrel, de la Policía Metropolitana, jefe de todo el sector Sur de la ciudad, era un hombre de cuarenta años, simpático, jovial y dinámico, que sabía ganarse desde el primer momento el aprecio de todas las personas que trataban con él, tanto si eran superiores como subordinados. Desde el primer momento se hizo cargo de la gravedad de la situación y de lo difícil que iba a resultar resolverla.

—Bueno, esto es algo que no entiendo —fueron sus primeras palabras—, ¿A quién puede interesarle robar trigo para ocasionar un problema de abastecimiento a la ciudad?

—Es posible que traten de provocar un estado de pánico, con vista a las próximas elecciones para el Gobierno Municipal —sugirió Phil.

No era una idea desacertada. Si Nueva York se quedaba repentinamente sin trigo, y si los robos tenían luego continuación en los grandes depósitos de carne y otras materias de primerísima importancia, no había duda de que el pánico cundiría rápidamente entre la población y la opinión pública exigiría responsabilidades. Si entonces alguien alzase la bandera favorable a un rápido reabastecimiento, acusando de negligencia o de mala fe a los actuales gobernantes, no había duda que se llevaría la victoria.

El capitán Farrel y el sargento McLaglen pensaron que quizá por este camino se podría llegar al fondo de la cuestión. Pero para profundizar, para tener siquiera un punto de partida, era necesario detener a alguien; coger el cabo que llegase al corazón de la madeja.

Y de momento, no había nadie. Cuatro robots, que habían sido destruidos y dos naves que habían desaparecido. La pista no llegaba más lejos.

—Quizá en otros sectores hayan tenido más suerte —dijo Farrel —. No olvidemos que los robos se han producido en varios depósitos de trigo al mismo tiempo.

—¡Hum! —dijo Phil — , Si todas las naves se han esfumado con la misma rapidez que las de aquí, muy poco se habrá podido aclarar.

Salvo los comentarios y mantener una constante vigilancia, nada más se podía hacer de momento. Para colmo, Farrel trató de establecer comunicación con el coronel Trevors, el jefe supremo de la Policía Metropolitana, sin resultado positivo. Trevors no estaba en el Cuartel General, ni en su casa ni en ninguna parte. Nadie sabía dónde se le podría encontrar.

—¡Vaya! —murmuró Farrel —. Parece que esta noche se ha ido todo el mundo de viaje a algún sitio desconocido.

—¿De viaje? —preguntó Phil, extrañado.

—De viaje o de lo que sea —repuso el capitán, malhumorado contra su costumbre—. Antes de venir aquí he llamado al jefe de abastecimientos. Henry Queen, y no estaba en casa. Su sobrina no tenía la menor idea de dónde se le podría encontrar y, por cierto, estaba bastante inquieta. Ahora llamo al coronel...

—¿Jessy estaba inquieta? —preguntó Phil, sin hacer caso de la continuación de las palabras del capitán.

—Ah, ya no me acordaba que usted tiene algo que ver con esa joven. Sí, parece que no es costumbre de Henry Queen pasar las noches fuera de casa. La chica estaba dominada por los nervios y me dijo que precisamente en aquel momento me iba a llamar para que buscase a su tío. Ya ve, McLaglen; estamos en un embrollo que no sé cómo se va a resolver.

—¿Habrán secuestrado los ladrones de trigo a Queen, al coronel y quizás a otras personas que ahora ignoramos?

—¡Caramba! No me atrevería a disparar tan lejos —contestó el capitán —. Sin embargo, no deja de ser una extraña coincidencia el que se ignore el paradero de dos hombres que ocupan cargos de responsabilidad en el Gobierno de la ciudad.

—Señor —dijo Phil, en tono suplicante—. ¿No podría... ir yo a casa de Queen? Jessy necesitará compañía, alguien que calme sus nervios...

—Lo comprendo, muchacho; pero hágase cargo de que los nervios tampoco andan aquí excesivamente controlados. Puede

producirse otro ataque. ¿Le gustaría que se pensara que ha esquivado el bulto?

Desde luego, a Phil no le gustaba que se pudiera pensar que había buscado un pretexto para huir del peligro. Contuvo su impaciencia y esperó, hasta que las circunstancias le permitieran correr al lado de Jessy.

Y esto no pudo ser hasta el amanecer. Entretanto, el recinto se había llenado de gente. A falta de Henry Queen, se había presentado el segundo jefe de abastecimientos, con personal de toda clase, para calcular las pérdidas sufridas en el depósito y reparar los daños causados por los disparos atómicos de Phil. Los tres cadáveres fueron retirados. Y el comandante Hastings, que se hizo cargo de la situación provisionalmente, dio orden de que la prensa y la televisión guardasen el más estricto silencio sobre lo ocurrido, para que no se produjera la menor alarma entre la población.

Farrel y Phil supieron que en los demás depósitos atacados se habían producido también bajas; guardianes y algunos policías habían sucumbido, heridos por aquellas extrañas armas de reducido calibre, y sin que hubieran tenido tiempo de reaccionar contra los atacantes. Sólo en los depósitos del Sur, y gracias a la actuación de Phil, se había conseguido eliminar a cuatro enemigos, que el sargento había identificado como robots. En los demás sitios, ni esto se había podido conseguir.

Al amanecer, mientras se trabajaba ya febrilmente, los veinte hombres de retén fueron sustituidos por otros, y Phil quedó libre de servicio hasta su próximo turno, salvo que fuese requerido con urgencia porque los acontecimientos lo exigiesen. El capitán le dejó marchar, a condición de que cada media hora efectuase una llamada a la comisaría por si se le necesitaba.

Y cinco minutos más tarde, el turbomóvil de Phil McLaglen se detenía ante la casa de Henry Queen, donde el jefe de abastecimientos de la ciudad vivía en compañía de su sobrina Jessy.

La joven, personalmente, le abrió la puerta. Su hermoso rostro reflejaba angustia y preocupación.

—¡Oh, Phil! ¡Por fin has venido! —exclamó, al verlo.

—Lo siento, Jessy. El capitán no me ha concedido permiso hasta ahora. ¿Sigues sin tener idea de lo que le haya podido suceder a tu tío?

Jessy habló con pena.

—No la tengo, ni creo que la tenga él mismo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Tú mismo lo vas a ver, porque está aquí; en su gabinete de trabajo.

—¿Ha regresado?

—Hace menos de una hora. Según él, se quedó dormido en el turbomóvil, al salir de su despacho oficial, cuando regresaba a casa. Pero no es cierto, Phil. Cuando yo llamé al Departamento, fueron a mirar al aparcamiento y el turbomóvil no estaba allí. No hay manera de convencerlo.

—¿Le has hablado del robo del trigo?

—Es lo primero que le he dicho, una vez calmada mi angustia. Según él, es una maniobra del presidente del Gobierno Municipal, en vistas a las próximas elecciones.

—¡Rayos! —exclamó Phil. La sugerencia tenía cierto contacto con lo que habían hablado él y el capitán—, ¿Y por qué supone que es el propio presidente?

—No lo sé, Phil. Creo que será mejor que hables tú con él.

—Vamos a verle.

Henry Queen estaba sentado a su mesa de trabajo. Dirigió a Phil su saludo habitual, pero el joven policía notó en seguida algo raro en su aspecto. Algo que se podía traducir como un ambiente de hostilidad, de abierta rebeldía contra todo.

—¿Qué le ha sucedido, señor Queen? ¿Es cierto que se quedó dormido en el turbomóvil?

La mirada de Queen fue ahora francamente agresiva.

—Sus compañeros de la policía sabrán qué se proponían cuando llenaron mi cabina de gas soporífero. ¿O fue tal vez usted mismo quien lo hizo?

—¡Señor Queen! —exclamó Phil, indignado.

En un instante, para el sargento, Henry Queen dejó de ser el hombre probo, noble y leal del pasado. De sus antiguos méritos no le quedó más que el ser el tío de Jessy. Esto no lo podría perder nunca.

—Bueno, quizá no fue usted, Pero lo habría hecho si se lo hubiesen mandado —repuso Queen —, Ya no existe el respeto a los ciudadanos, establecido por la Ley. Después de todo, ustedes no tienen la culpa. Se limitan a obedecer las órdenes que les dan.

Phil y Jessy le miraban estupefactos, sin saber qué contestar. Queen se levantó, y se dirigió a ambos, como si estuviesen unidos en una terrible confabulación.

—¡Pero las cosas volverán a su cauce y la Ley será respetada! —gritó —. ¡Yo cuidaré de ello! ¡El presidente y sus secuaces no me conocen aún, pero me conocerán a partir de hoy! ¡Me conocerán cuando en la calle se pida su destitución a grandes voces y se les obligue a dimitir por la fuerza si es necesario!

—¡Señor Queen, tenga usted en cuenta que está prohibido hacer conocer a la gente nada de lo que ha pasado esta noche! —dijo entonces Phil.

Queen soltó una carcajada sardónica.

—¡Debí suponérmelo! —exclamó, luego—, ¡Han tomado sus medidas para que todo salga de acuerdo con los siniestros planes trazados! ¡Pero no lo conseguirán! ¡Yo iré personalmente a los periódicos y a las emisoras, y si no me hacen caso me iré a una plaza pública para informar a la gente!

Miró a Phil con aire de desafío, y continuó:

—¡Sí, yo haré esto! ¡Deténgame si no le gusta!

—Creo que va usted demasiado lejos, señor Queen —replicó Phil —. En todo caso, no tengo orden de detenerle ni de impedir sus movimientos. Si la orden llegara...

—¡Oh, Phil! ¡Sería terrible! —exclamó Jessy.

—Lo comprendo, pequeña —dijo él, tratando de calmarla—, Es mejor que no pensemos en lo que ha de ocurrir aún.

Se dirigió al jefe de abastecimientos:

—No quiero molestarle más, señor Queen. Si no le disgusta mi presencia en la casa, me retiraré al comedor, con Jessy:

Queen dijo:

—Es Jessy quien debe decidir. Por mi parte, nunca me ha gustado que tuviese relaciones con un polizonte. Se lo digo con toda franqueza.

—¡Tío! ¡Tú siempre me has dicho que Phil era el hombre adecuado para mí! —protestó la muchacha.

Queen se rió sarcàsticamente. Phil tuvo la sensación de que sus facultades mentales estaban perturbadas. Cogió a Jessy por un brazo y se la llevó fuera de la habitación.

—¿No crees que... deberíamos llamar a un médico? —preguntó

ella, una vez fuera del despacho.

—No estoy seguro de que pudiera hacer nada, cariño — contestó Phil, mientras consultaba su reloj—. Han ocurrido una serie de cosas extrañas desde que ha empezado el enojoso caso del robo del trigo. Esperaremos. Y ya es hora de que llame al capitán. ¿Me permites, Jessy?

Con el transmisor portátil estableció contacto con el capitán Farrel. La voz de éste parecía descompuesta al hablar.

—Diga, McLaglen. Supongo que va a comunicarme alguna nueva desgracia.

—Pues… sólo le he llamado porque usted me dio la orden de que lo hiciera. Claro que el señor Queen no está muy… muy tratable. Se le ha metido en la cabeza que todo esto es una conjura con vista a las próximas elecciones. Bueno, no le he dicho que está ya en casa.

—¡Lo mismo que al coronel! —tronó Farrel — , ¡Exactamente igual!

—¿Qué, señor?

—¡También el coronel Trevors ha aparecido! ¡Dice que se quedó dormido no sé dónde, pero no puede ser cierto!

—¡Rayos! ¡Lo mismo que Queen! Según él, le pusieron gas soporífero en la cabina de turbomóvil. Pero la señorita Queen comprobó que…

—¡Oiga, McLaglen! ¡Será mejor que venga a la comisaría! ¡No me gustaría que nuestra conversación fuese interferida!

—Al momento, señor.

Se despidió de Jessy. Era una orden y no se podía negar a obedecerla. Dejó a la joven llena de angustia, pero le prometió estar de nuevo con ella tan pronto como se lo permitieran las exigencias del servicio. Y le recomendó que no llevase en nada la contraria a su tío.

Cinco minutos más tarde estaba en la comisaría, ante un capitán Farrel terriblemente preocupado.

—¿Puedo preguntarle qué sucede, señor?

—Se lo diré en pocas palabras, McLaglen. El coronel ha aparecido ya, desde luego, pero está hecho una furia. Para empezar, ha convocado una conferencia urgente de prensa y ha dado cuenta de todo lo sucedido esta noche. ¡La población de Nueva York se enterará hoy mismo!

—¡Cielos! —exclamó el sargento.

—Según el coronel, todo ha sido una maniobra del presidente del Consejo Municipal.

—¡Lo mismo que ha dicho el señor Queen! ¡Han adquirido ls dos las mismas ideas durante su extraño sueño!

—Y esto no es todo, McLaglen. El coronel ha declarado que no está dispuesto a colaborar en ninguna maniobra, y menos aún a sacrificar gente para defender oscuros intereses. Ha ordenado que se retiren los retenes protectores de los depósitos. De modo que si vuelven las naves, no encongarán a nadie que se les oponga.

—¡Mil rayos! ¿Y tendremos que obedecer?

—Oficialmente, sí. Trevors es nuestro jefe. Pero, particularmente...

—¿Qué quiere decir, señor?

—Esta noche ni usted ni yo estamos de servicio, McLaglen. Es nuestro día de descanso, y podemos actuar como mejor nos parezca, ¿no cree?

—De acuerdo, señor.

Farrel miró fijamente a Phil, con decisión.

—McLaglen, ¿le importaría colaborar conmigo en el terreno particular y, hasta cierto punto, contraviniendo las órdenes del coronel Trevors?

—Lo haría con mucho gusto señor, sobre todo si, como supongo, lo que pretende usted es dar un poco de luz a todo este embrollado asunto.

—Sí, McLaglen. Eso es lo que pretendo. Estoy plenamente convencido de que el coronel Trevors no se halla en pleno uso de sus facultades mentales.

—¡Lo mismo que el señor Queen!

—Algo les ha sucedido a los dos durante su misteriosa desaparición de la noche última. Estoy plenamente convencido de que si el coronel se encontrara... digamos en su mentalidad normal, dispondría que se hiciera lo que yo me propongo hacer con usted.

—¿Puedo preguntar qué es ello, señor?

—Ha de saberlo, puesto que acepta colaborar conmigo. Se trata de acechar la posible llegada de aquellas naves a los depósitos. Es muy posible que vuelvan a buscar más trigo, pues el robado anoche no representa aún ninguna calamidad para la población. Nos

ocultaremos usted y yo, pues no me fío de nadie más… y veremos qué ocurre si vuelven las naves. ¿Qué le parece?

—Dígame a qué hora y dónde me he de reunir con usted, señor —fue la respuesta de Phil.

—A las once de la noche, delante mismo de la puerta principal del depósito Sur. Como no estamos de servicio, iremos sin uniforme. Pero se entiende que no abandonaremos las dos pistolas.

—De acuerdo, señor. Hasta esta noche a las once.

* * *

A la hora fijada se reunió con el capitán en la puerta principal del depósito Sur.

—Le supongo enterado de todo lo ocurrido hoy, McLaglen —fue el saludo del capitán —. Queen ha cumplido su amenaza y ha dado a conocer a la población lo sucedido, acusando al presidente de manejos electorales.

—Sé que se han producido algunos discursos, señor.

—Los suficientes para que comprenda que la situación es grave, por lo que si vuelven esos tipos de las naves será una suerte para nosotros.

Phil comprendió que el capitán quería decir que sería una suerte porque tendrían oportunidad de echarles el guante y, de este modo, conseguirían la primera pista.

No les fue difícil entrar en el recinto, pese a que estaba cerrado y no había aquella noche ni siquiera vigilantes de servicio. Nadie se había querido quedar en el puesto de los dos asesinados, y Queen había dispuesto que se cerrara el recinto y lo dejasen abandonado hasta la hora de reanudar el trabajo por la mañana. Pero Farrel se había quedado con una llave del portillo y pudieron pasar los dos al interior sin la menor dificultad.

Como no había quedado nadie, tampoco se dejó ninguna luz encendida; pero en el gran patio, con la luna en creciente y el fulgor de las estrellas, tuvieron bastante para orientarse y buscar un sitio donde poder ocultarse.

Eligieron una de las pequeñas casillas de control, desde cuya ventana se dominaba todo el patio, y allí, con las armas dispuestas, esperaron pacientemente y en silencio.

Transcurrieron más de dos horas sin que se produjera ningún

cambio en la situación. Estaban ya pensando que habían perdido la noche, cuando de pronto, Phil gritó:

—¡Las naves! ¡Están ahí, señor!

Habían aparecido de la misma manera que se esfumaron la noche anterior ante los ojos del sargento. Una fracción de segundo antes el patio estaba vacío, y de repente las dos naves habían aterrizado ya, una al lado de la otra. Las astronaves corrientes, las que se conocían en la Tierra, no hubieran podido aterrizar de aquel modo. Aquellas naves debían de ir provistas de algún dispositivo especial que les impedía chocar contra el suelo y estrellarse en el último momento.

—¿Hemos de suponer que hay un cerebro humano capaz de construir unos dispositivos de semejante perfección? — preguntó Farrel, asombrado.

—Después de lo que he visto en las últimas veinticuatro horas, ya no me extraño de nada, señor —contestó Phil—, Pero... ¡Atención! ¡Van a salir!

La luz seguía siendo muy escasa, pero bastó para que los dos policías advirtiesen que se abría una compuerta en la parte alta de una de las naves. Quizá también se abrió la otra, pero en todo caso la compuerta que daba al lado opuesto al que se hallaban ellos, porque no pudieron ver nada.

Por la compuerta abierta en la primera nave empezó a salir una larga escalera, que llegó hasta el suelo. Y momentos después, cuatro hombres —robots, según la apreciación de Phil —, descendieron por ella. Una vez en el suelo se les unieron otros dos, que sin duda habían descendido por el lado opuesto de la otra nave.

El capitán y el sargento apretaron as pistolas atómicas que empuñaban.

—Vamos a acabar con ellos —dijo Farrel.

—Yo esperaría un poco más, señor —sugirió Phil.

—¿Qué necesidad tenemos?

—Dejemos que empalmen los tubos y que empiecen a cargar el trigo. En las naves hay gente sin duda. Quiero decir seres vivos, no robots. Si eliminamos a éstos antes de que empiecen a funcionar los tubos, advertirán que sucede algo anormal.

El capitán comprendió lo que quería decir Phil, y se mostró de acuerdo con él. El manejo de los tubos de carga era fácil, ya que mediante un dispositivo a un lado de los depósitos se podían mover

a voluntad y empalmarse a una de las compuertas de cada nave. Los dos policías esperaron pacientemente a que todo estuviera en marcha. Cuando los seis robots hubieron terminado su trabajo y se dedicaron a vigilar el patio, mientras los grandes depósitos de las naves se llenaban de trigo, el capitán dispuso;

—Ahora es el momento, McLaglen, Antes de salir, que cada uno de nosotros elija a tres enemigos. No dejemos nada al azar.

—Yo me quedo con los tres de la izquierda —contestó Phil—. Tendremos que actuar de prisa, antes de que puedan enviar un hombre a las naves.

— De acuerdo. ¡Adelante, pues, muchacho! Y se lanzaron al mismo tiempo fuera de la casilla.

CAPÍTULO III

SI quedaba alguna duda de que aquellos supuestos hombres no eran robots, se desvaneció en el acto. Apenas el capitán y el sargento estuvieron fuera de la casilla, los aparatos de radar de que iba provisto su mecanismo acusaron la presencia de dos personas en el patio y los seis hombres mecánicos se volvieron a la vez hacia ellos, al tiempo que levantaban las pequeñas pistolas de que iban provistos.

— ¡Fuego! —ordenó Farrel.

Las dos pistolas atómicas funcionaron al mismo tiempo. Por suerte, cada uno de los policías había elegido previamente a sus tres enemigos, porque la menor confusión, el menor retraso, hubiera sido fatal. Ocurrió todo tan rápido, que ninguna de las armas que empuñaban los robots tuvo tiempo de disparar. Las pistolas atómicas entraron en acción apenas Farrel y Phil salieron de la casilla, y los seis hombres mecánicos se transformaron en otras tantas nubecillas, en rapidísima sucesión.

Nada anormal se observó en el patio. Las armas, tanto las atómicas como las perforadoras, no producían estampido al ser disparadas y, por tanto, se podía acabar con una persona sin llamar la atención. Las nubecillas se disiparon en seguida, y el patio quedó como si nadie hubiese desembarcado de las naves. Sólo quedaron allí los dos policías, con las armas preparadas por si se presentaban nuevos enemigos.

Permanecieron unos momentos quietos y escudriñando en silencio. Luego, en voz muy baja, el capitán dijo, al tiempo o que se acercaba a Phil:

—Puesto que no sale nadie más, no tenemos más remedio que ser nosotros los que pasemos al interior de las naves, sargento.

—Cuando usted quiera, señor.

Farrel avanzó hacía la escalera que habían visto desde la casilla, y empezó a trepar por ella, al tiempo que decía:

—Primero exploraremos ésta, McLaglen. No importa que la otra se nos escape, si podemos hacernos con la gente que haya aquí.

Phil asintió con un gesto y empezó a subir detrás del capitán. Le

hubiera gustado pasar delante, pero estaba seguro que su jefe no se lo hubiera consentido.

Ascendieron con lentitud, mirando siempre si ocurría algo imprevisto en la compuerta, y con el secreto temor de que la nave emprendiese la marcha en el momento menos esperado, en cuyo caso su muerte sería casi instantánea.

Pero nada ocurrió y pudieron respirar con tranquilidad al penetrar en el interior y encontrarse sobre una plataforma o especie de balcón interior que asomaba al inmenso depósito que se iba llenando poco a poco de trigo.

—Toda la nave no es más que un depósito —comentó Farrel.

Phil señaló la parte alta. Allí había una pequeña cabina, pegada a la misma cúpula de la nave, con ventanillas que permitían mirar al gran depósito y con una puerta de entrada que comunicaba con la plataforma mediante una escalera.

—Allí hay alguien sin duda —dijo el sargento.

—Subamos —repuso el capitán.

No era cosa de quedarse allí, mirando cómo la nave se iba llenando de trigo. Phil emprendió la marcha hacia la escalerilla, pero inmediatamente el capitán le puso una mano sobre el hombro.

—Si no le importa, subiré yo primero, McLaglen.

—Desde luego que me importa, señor. Porque yo…

—Consideremos esto como un acto de servicio, sargento. Y consideremos que le he dado una orden.

—Sí, señor —contestó Phil.

Y se apartó, para que pasara delante el capitán.

La altura a subir no era mucha, y la puerta de la cabina estaba abierta. Las facilidades no podían ser mayores. Al cabo de pocos momentos, Phil vio al capitán de pie en el umbral, enmarcado por la pequeña puerta. A él le faltaban dos o tres escalones, pero pudo echar un vistazo al interior y sintió que un repentino estremecimiento le recorría la columna vertebral. Sin duda el capitán había experimentado la misma sensación, porque se había quedado en la puerta, inmóvil, con los ojos clavados en el ser o que estaba dentro.

Un ser de muy reducida estatura, cuyo cuerpo endeble no era mayor que el de un niño de dos años pero cuya cabeza, en cambio, muy alargada y terminando en punta por detrás, era dos veces

mayor que la de un hombre, estaba allí, sentado en una silla de construcción especial. Daba la sensación de que sin aquella silla, el monstruoso ser no podría sostenerse y caería arrastrado por el peso de la enorme cabeza. Al primer vistazo, Phil comprendió que aquel ser se movía siempre metido en la silla, y que sin duda tenía que ser cargado y descargado de la nave sentado en ella.

Fue el primer vistazo y el último, porque la situación duró poquísimo. Farrel seguía aún de pie en el umbral, pero de pronto empezó a avanzar hacia el interior de la cabina. Phil le oyó decir:

—Sea quien sea usted, yo, el capitán Farrel de la pol…

Y no dijo nada más. Inesperadamente cayó al suelo, como fulminado por un rayo.

El monstruoso ser, en apariencia, no había hecho nada contra él. Tan sólo al mover la silla se había encarado con el capitán y los penetrantes ojos del diminuto personaje dieron la sensación de haber disparado un rayo. Esto fue lo que pudo observar Phil un segundo antes de que Farrel cayera al suelo. Lo vio, y actuó con rapidez inaudita, porque algo le dijo que si la misma mirada descendía hasta él, caería irremisiblemente en poder del monstruo, como le había sucedido al capitán.

Fue una lucha veloz contra el tiempo; la mano de Phil tenía que moverse antes de que los ojos del enano pasaran del capitán a él. Y lo consiguió. La bala atómica dio en el cuerpo del monstruo, el cual se convirtió en una pequeña nube de humo, junto con la silla, seguramente con la íntima convicción de que era él el vencedor.

Rápido, Phil saltó al interior de la cabina, con el arma dispuesta a disparar de nuevo por si había otro enemigo emboscado. Pero no vio a nadie. En la cabina no quedaba más que el capitán Farrel, tendido e inmóvil como un cadáver. Phil inspeccionó un pequeño departamento adjunto, en el que tampoco había nadie. Sin duda allí guardaban los robots cuando no era necesaria su actuación.

Pudo entonces atender al capitán. Este seguía tendido en el suelo de la cabina, sin dar la menor señal de vida. Phil comprendió que había recibido un impacto mental. Aquel ser menudo, monstruoso, de cabeza superdesarrollada, debía de poseer una fuerza cerebral enorme, incapaz de ser contrarrestada por ningún humano. A Phil le fue imposible calcular si el capitán volvería siquiera a la vida. Y se estremeció, al pensar que él estaría ahora en las mismas

condiciones, y en poder del monstruo además, si no se hubiese anticipado con su disparo.

La nave era suya, por lo tanto. Dejó al capitán, por el que nada podía hacer, y se dirigió al cuadro de mandos que estaba al lado opuesto, frente al lugar que había ocupado el pequeño ser antes de ser volatilizado.

Le fue imposible comprender las indicaciones que se veían allí. No había mandos, propiamente dichos. Ni una palanca, ni un botón, ni nada que se pudiera accionar. Sólo unas extrañas señales, indescifrables, que seguramente servían para indicar todos los posibles movimientos de la nave.

Y Phil pronto creyó comprender por qué no había mandos allí. ¡La nave se movía accionada por la fuerza mental! ¡Al monstruo le bastaba descargar su mirada sobre una de aquellas señales para que la nave realizase el movimiento indicado por la misma!

El, Phil, no la podría manejar. Ni él ni ningún habitante de la Tierra porque aquella nave —ahora Phil lo comprendía con toda claridad — , procedía de un mundo muy alejado del Sistema Solar.

La lucha iba a ser más terrible aún de lo que se había imaginado al principio. Nada tenían que ver con ella las próximas elecciones para el Gobierno Municipal de la ciudad de Nueva York. ¡La lucha tendría que representar el esfuerzo de todos los seres humanos, para defender sus alimentos contra una raza desnutrida, pero cuya potencia cerebral resultaba incalculable!

Pensó que en la otra nave debía de quedar por lo menos uno de aquellos enemigos y que era del todo necesario eliminarlo. Se disponía a dirigirse a ella, cuando al llegar a la compuerta de salida vio que era demasiado tarde. La otra nave había desaparecido con la celeridad que Phil ya conocía.

Phil era hombre práctico. La otra nave se le había escapado ya, y no tenía por qué pensar en ella. Le quedaba la que había conquistado, así que lo importante era conservarla, y para ello, no había más que un procedimiento; destruir los mandos. Volvió a la cabina, empuñando ahora su pistola perforadora, y empezó a disparar contra aquel misterioso cuadro que sólo podía manejarse empleando la fuerza mental. En pocos momentos lo dejó como una criba, y con la seguridad de que si un nuevo ser deforme desembarcaba en la Tierra no tendría posibilidad de llevarse la nave.

A continuación, se cargó al capitán sobre sus hombros y comenzó a bajar al exterior. Muy poca cosa se podía hacer ya. Tan sólo parar el mecanismo que hacía funcionar los tubos cargadores de trigo, y abandonar después el recinto.

Para esto, Phil empleó la llave del portillo, que sacó de uno de los bolsillos del capitán. Siempre llevándolo sobre los hombros, se dirigió al sitio donde había dejado aparcado su turbomóvil. Y fue entonces cuando encontró a la patrulla de la Policía Metropolitana que lo estaba esperando.

La mandaba un sargento. Un compañero suyo.

—Lo siento, McLaglen, pero estáis arrestados tanto tú como el capitán.

—¿Qué?

—La orden procede del coronel Trevors, muchacho. Le habéis desobedecido. Había prohibido severamente que ningún policía interviniera en el asunto de los robos de trigo.

Phil se quedó perplejo. La expedición a los depósitos había sido planeada por ellos dentro del mayor secreto. No se lo había dicho ni a la misma Jessy.

—¿Cómo ha podido saber el coronel que estábamos aquí? —preguntó.

—No tengo la menor idea, McLaglen —contestó el otro sargento—. Desde luego, no he sido yo quien se lo ha ido a decir. Bueno, ¿vamos? ¿Qué le pasa al capitán? ¿Está herido?

Phil se quiso defender aún.

—Estábamos libres de servicio. Hemos venido aquí como particulares.

—Eso se lo contarás al coronel, ¿verdad? Yo no estoy autorizado para decidir sobre el asunto.

A Phil no le preocupaba el arresto que le podían imponer como máxima sanción. Lo que le dolía era que si por cualquier motivo perdía la libertad, ahora que la lucha había empezado y que prácticamente se encontraba solo en ella, no habría nadie que la continuase. El coronel, lo mismo que Henry Queen, se había empeñado en que todo aquello no era más que una conjura con fines electorales, y consideraría una fantasía cualquier relato que hablase de seres monstruosos procedentes de otro planeta.

¡Sin embargo, era absolutamente necesario continuar la lucha y

llegar al final, antes de que una invasión en gran escala pusiera fin a todas las posibilidades de defensa! Al parecer, el enemigo se había limitado de momento a enviar unas avanzadillas de tanteo. Si éstas triunfaban con cierta desenvoltura, toda la Tierra y quizá todo el Sistema Solar se verían invadidos por masas de aquellos diminutos seres que, sin arma alguna, sólo con sus dardos mentales, podían abatir a quien se les pusiera por delante.

—¿Puedo dejar al capitán en mi turbomóvil? —preguntó.

— Déjalo, y Jim se hará cargo de la conducción —autorizó el otro sargento—. Tú vendrás con nosotros en el patrullero.

Era lo que Phil esperaba, para seguir adelante en un desesperado plan que se había forjado en el último momento. Los policías no llevaban las armas desenfundadas. Después de todo, no habían ido a detener a un peligroso criminal, sino a arrestar a unos compañeros del Cuerpo.

Abrió la puerta del turbomóvil, depositó al capitán sobre el asiento posterior, e hizo ademán de retroceder para ceder el sitio a Jim, que debía encargarse de la conducción.

No despertó la menor sospecha. Pero de pronto apartó a Jim de un fuerte empujón y saltó de nuevo al interior, sentándose delante del cuadro de mandos. Cayó de cualquier modo, pero no se cuidó de arreglar su postura ni de cerrar la puerta. Su dedo voló al botón de arranque, y el turbomóvil se puso en marcha a toda velocidad, dejando a sus espaldas a la asombrada patrulla, que se había confiado en exceso y ahora carecía de posibilidades de detenerle.

Cuando doblaba la primera esquina oyó los gritos de rabia del otro sargento. Les había hecho una mala jugada, que estaba seguro le perdonarían algún día, cuando supiesen la causa que le había obligado a obrar de aquel modo.

Phil tomó una recta, para dar la impresión de que buscaba desplazarse lo más lejos posible del punto donde había iniciado su fuga. Pasó luego a una calle lateral, disminuyó la velocidad, dobló de nuevo por una calle paralela a la que había seguido en el momento de su fuga y, a marcha moderara regresó a su lugar de partida. Era un truco viejo, pero podía dar resultado. Y lo dio. Las calles inmediatas al depòsito de trigo estaban completamente desiertas. El patrullero se había marchado, y seguramente estaban buscando a Phil por todos los rincones de la ciudad, que eran

muchos menos, en aquél.

Naturalmente, no le convenía quedarse allí, metido en el turbomóvil, porque no podía esperar que el truco le saliera bien hasta el último momento. Tampoco podía marcharse con el capitán, dejando el vehículo allí para que su presencia denunciase el regreso. Pero Phil había formulado ya un plan.

Seguía en posesión de la llave del portillo de entrada al depósito. De acuerdo con las órdenes en circulación, nadie entraría durante la noche. Por lo tanto, era el mejor sitio donde esconderse de momento.

La gran puerta se abría mediante un sistema automático que funcionaba desde el interior. A Phil le costó muy poco manejarlo, entrar el turbomóvil y volver a cerrar. La calle continuó desierta durante la operación. Condujo el vehículo a cobertizo del gran patio, donde había ya algunos otros y trató de ver si podía hacer algo por el capitán Farrel.

Este seguía tendido en el asiento trasero del turbomóvil, sin sentido pero con vida, según pudo comprobar Phil. Pero el sargento no tenía la menor idea de lo que se podía hacer para devolverle el conocimiento. Farrel había recibido un disparo mental, cosa completamente imprevista por la ciencia terrestre; era de esperar que su cerebro no hubiese sufrido lesión alguna, pero lo único que podía hacer Phil era armarse de paciencia y confiar que al ser de día el capitán ya se habría recuperado.

Lo dejó, pues, donde estaba, y salió a echar un vistazo fuera del cobertizo. La gran nave de los misteriosos seres del espacio seguía allí, incapaz de moverse, ya que el propio Phil había desintegrado a su único tripulante e inutilizado luego su motor. Se acercó instintivamente. Quizá podría pasar de nuevo a su interior y efectuar una inspección más detallada que antes, por si descubría algún detalle que se le hubiera escapado. Algo que facilitase una pista y permitiera adivinar quiénes eran aquellos menudos y monstruosos seres, de dónde procedían y cuáles eran sus intenciones.

Entonces, de pronto, descubrió dos sombras en el patio, que se acercaban también a la nave. Dos sombras humanas, pero Phil ya sabía a qué atenerse a este respecto. Los pequeños seres del espacio empleaban robots con apariencia humana y que disparaban unos menudos proyectiles que ocasionaban la muerte instantáneamente.

No se dejaría engañar ni sorprender.

Su mano voló a la culata de su pistola atómica. Contra los robots de apariencia humana no había más recurso que emplear la pistola atómica y proceder a su inmediata desintegración. Aquellos que se acercaban parecían ser un hombre y una mujer. Esto último sorprendió a Phil, pues los que había visto hasta entonces sólo tenían apariencia de hombre. Y esto precisamente fue la causa de que no apretara el disparador de su pistola atómica sin pensarlo más.

Además, pese a la escasa luz que había en el patio, Phil se dio cuenta de que no llevaban arma alguna. Y captó un leve murmullo de conversación. Avanzó entonces decidido, sin apuntar, pero conservando aún la pistola en la mano con el dedo sobre el disparador.

—¡Alto! —gritó—, ¿Quiénes son ustedes? ¡Identifíquense o abro fuego!

La pareja le había visto ya. Contestó la mujer, con acento de angustia en la voz:

—¡Phil! ¿Estás aquí? ¡Me han dicho que había orden de detenerte!

Era Jessy Queen, su novia. No había peligro. Phil acabó de acercarse mientras devolvía a su cinto la pistola atómica. Entonces pudo identificar también al hombre. Era Larry Barcroft, el segundo jefe de abastecimientos de la ciudad de Nueva York. El ayudante de Henry Queen, y su sustituto cuando éste por algún motivo no podía estar al frente de su departamento.

Lo que no comprendía Phil era qué estaba haciendo Barcroft allí, en los depósitos y en compañía de su novia.

* * *

El Gran Jefe interpeló a Abmac con su habitual pregunta:

—¿Y bien, Abmac?

Estaban sentados los dos frente a frente, en sus respectivas sillas móviles, en el despacho de la Presidencia, en la capital de Neafar.

—Todo está en marcha, señor —contestó Abmac, moviendo su desproporcionada cabezota —. Ya te advertí que la conquista de la Tierra no sería fácil ni rápida. Sin embargo, los resultados obtenidos hasta ahora permiten esperar que tendremos éxito.

—Infórmame detalladamente de cuánto has hecho, Abmac.

—Sí, señor. Todo está en marcha, como he dicho ya. Tengo a un hombre que está dispuesto a colaborar incondicionalmente con nosotros, a cambio de un puesto de mando cuando la Tierra sea nuestra. Se le puede complacer, corque en definitiva hará siempre lo que nosotros queramos.

—De acuerdo, Abmac. Será el jefe de nuestros esclavos terrícolas. De los pocos terrícolas que dejaremos con vida para que cultiven el planeta y produzcan para nosotros los alimentos que son tan necesarios a nuestra raza. Prosigue.

Abmac sonrió. Estaba satisfecho de la aprobación del Gran Jefe.

—He conseguido también apoderarme de algunos otros humanos —dijo, luego—. Mediante mi fuerza telepática he anulado sus cerebros y los obligo a actuar de acuerdo con nuestras conveniencias. Son agentes forzados, pero que contribuirán a crear un ambiente de pánico, primero en la ciudad de Nueva York y luego en toda la Tierra. Gracias a esto, se han conseguido ya algunos embarques de trigo terrestre.

Los ojillos del Gran Jefe brillaron de satisfacción.

—Un trigo excelente —dijo —. Como no lo habíamos tenido en Neafar ni en los mejores tiempos. He de reconocer que los terrícolas son buenos agricultores. Se ha iniciado, por lo tanto, la etapa preparatoria —continuó Abmac—. La fabricación de robots con apariencia de terrícolas está en marcha. Llenaré con ellos las calles de Nueva York. Nadie sabrá que son enemigos hasta que empiecen a disparar sus armas, creando un pánico nunca visto. Los hombres no sabrán nunca si tienen delante aun semejante suyo o a uno de nuestros robots. Mediante nuestro agente y a los que actúan forzadamente a nuestro lado, conseguiré que destacamentos enteros de policía luchen a nuestro favor, si es necesario obligándoles telepáticamente también.

Abmac hizo una pausa, como si su cerebro gozara por anticipado ya de los resultados. Como si estuviese contemplando el final. Luego prosiguió:

—Cuando el pánico sea general, cuando los veinticinco millones de seres que pueblan Nueva York estén aterrorizados, daré el golpe final con la muerte del presidente del Consejo Municipal, que realizará personalmente uno de los «nuestros». Quiero decir un

terrícola a nuestro servicio. La ciudad quedará completamente desorganizada y en manos de quienes colaborarán con nosotros.

—Espero que todo salga según acabas de exponerme, Abmac —dijo el Gran Jefe—. Eres mi mejor oficial. Si fracasamos, no realizaría un nuevo intento sobre la Tierra y mandaría nuestra gente a explorar otros mundos en busca de la comida que nos es tan necesaria.

— La Tierra será el futuro centro de abastecimientos de Neafar —dijo Abmac —. Un futuro que se acerca a pasos agigantados. No habrá que buscar en otros mundos, señor.

Oprimió el resorte que movía su silla y abandonó la habitación.

CAPÍTULO IV



UANDO Phil hubo reaccionado de su sorpresa, exclamó: —¡Jessy! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ni yo misma lo sé —contestó con sinceridad la muchacha. Había en su voz un deje de amargura—. Creo que todos estamos un poco locos.

Phil miró entonces a Larry Barcroft, buscando quizás en él una explicación más concreta ce la que e había dado Jessy. Barcroft era un hombre de unes treinta y cinco años, de aspecto simpático, que había pretendido a Jessy antes que ella se decidiera por el sargento de la policía. Quizá por este motivo él y Phil se habían tratado siempre frialdad.

—La señorita Queen me llamó a casa y le dijeron que yo había venido aquí —explicó e segundo jefe de abastecimientos—. De modo que se ha presentado inesperadamente. Ahora estaba tratando de convencería de que se volviera. Después de lo que ha ocurrido, este no es un sitio para señoritas.

—Necesitaba la compañía de alguien en pleno uso de sus facultades, Phil —aclaró entonces ella—. Me era imposible continuar en casa con tío Henry tal cono se ha puesto. Aquello era un infierno. Quise llamar al médico y estuvo a punto de pegarme. Me dijo que no estaba loco, y que si yo estaba de acuerdo con los que trataban de crear hambre en nueva York con fines propagandísticos ya me podía marchar de casa.

—¿Es posible que tu tío haya llegado a ese extremo, Jessy?

Ella estaba a punto de llorar.

—Ha llegado, Phil —dijo—. Entonces te llamé a ti. Supe que te buscaban por haber desobedecido no sé que órdenes y hasta me dijeron que estabas detenido ya, junto con el capitán Farrel. Ante esto, decidí ponerme en contacto con Larry. Siempre ha sido un buen amigo de mi tío y estaba segura de que me podría ayudar. ¡Oh, Phil! ¡Si vieras cómo está mi tío!

Phil guardó unos momentos de silencio. Luego dijo:

—No puedo afirmar nada concreto, pero después de lo que le ha ocurrido al capitán Farrel tengo la vaga sospecha de que tanto tu tío como el coronel Trevors se hallan mentalmente sujetos a una influencia extraña. Esos tipos poseen una fuerza telepática formidable.

—¿A qué tipos se refiere, sargento? —preguntó Barcroft—, ¿O... es indiscreta la pregunta?

—Phill sonrió con amargura.

—No es indiscreta —dijo—. Como acaba de oír, hay orden de detenerme; por tanto, no soy ya sargento de la Metropolitana. Soy de hecho un fuera de la Ley y no estoy obligado a guardar silencio sobre nada. Los personajes a quienes me refiero son los que tripulaban esa nave —volvió la vista hacia el gran vehículo espacial que seguía en el patio—, a uno de los cuales he tenido que dar muerte para salvarme y salvar al propio capitán. Son seres de otro planeta. Posiblemente, de alguna constelación muy lejana. Deben de pasar allí mucha hambre, puesto que han venido a robarnos nuestro trigo.

—¿Es posible? —la exclamación partió casi al mismo tiempo de los labios de Barcroft y de Jessy.

—Es la única explicación posible. En cuanto a esos seres, son realidad, ya que yo he visto a uno y he tenido que disparar mi pistola atómica contra él.

Phil miró a Barcroft y le preguntó:

—Y usted ¿quiere decirme qué estaba haciendo aquí?

—Quizá lo sé tan poco como la misma señorita Queen — contestó con franqueza el segundo jefe de abastecimientos—, He sentido algo así como una llamada exterior, que me ha empujado hacia los depósitos. No soy hombre de acción, pero he pensado que si me escondía podría ver algo, caso de que se repitiese esta noche el robo de trigo. He llegado hace media hora y he visto la nave tal corno

está. No me ha sido posible hacer gran cosa, porque poco después ha llegado la señorita Queen.

Phil calculó que ambos se había presentado allí mientras él corría por las calles de Nueva York, huyendo de la policía. Iba a decir algo más, cuando Jessy se le anticipó, soltando un pequeño grito:

—¡Cuidado! ¡Alguien está ahí!

El sargento se volvió rápido, a tiempo que su mano volaba a la culata de su pistola atómica. No estaba dispuesto a que le cogieran desprevenido. Vio la silueta de un hombre que avanzaba por el patio, empuñando una pistola también. Pero al momento reconoció al capitán Farrel

—¿Es usted, señor? ¿Se ha recuperado ya?

—Sí, McLaglen —contestó el capitán, que pareció relajar su tensión al tiempo que ambas pistolas se bajaban—, ¿Puede explicarme algo? Si no recuerdo mal estábamos los dos en la cabina de esa nave cuando..

Farrel se interrumpió. Parecía que no se atrevía a continuar.

—Cuando ha visto usted un extraño ser —prosiguió Phil por él —. Algo así como un monstruo en miniatura, ¿verdad?

—Sí, sargento. He llegado a sospechar que todo había sido un sueño. Porque al ver a aquel personaje sentía algo extraño en la cabeza. Como si me hubiesen pegado un golpe formidable...

—Fue un disparo mental, señor.

—¿Un qué...?

—Un disparo mental. Lo poco que he visto, lo que le ha sucedido a usted y la forma como al parecer funcionaban sus naves, me ha hecho deducir que esos seres están dotados de una fuerza telepática formidable.

—¡Rayos! ¡De modo que, definitivamente, no ha sido un sueño! ¡Tenemos que ir a informar en seguida, McLaglen!

—¿Sí? —dijo Phil, sonriendo con la misma amargura cada vez que recordaba su situación —. No sé dónde, señor. Tan pronto como nos presentemos en la comisaría nos echarán la mano encima. El coronel ha ordenado nuestra detención.

—¿Se ha atrevido a tanto?

—Sí, señor; y siento haberle puesto a usted fuera de la Ley al evitar que nos cogieran a ambos mientras estaba usted sin sentido. Pero si le parece que he hecho mal, vamos los dos a entregarnos y la

responsabilidad de la fuga recaerá únicamente sobre mí.

Farrel reflexionó unos momentos.

—La disciplina nos obliga a entregarnos —dijo a continuación—, Pero estamos en una situación en que la disciplina debe dejarse un poco de lado en beneficio del objetivo que se persigue. Si nos encierran, no podremos continuar nuestras pesquisas.

—Sospecho que no van a ser mucho más fructíferas si permanecemos en libertad, señor —repuso Phil —, Por lo menos, mientras contemos con una oposición tan cerrada a nuestras gestiones.

—¿Prefiere entonces que le encierren?

—No es esto lo que quiero decir. Pero dese cuenta de las circunstancias. Prácticamente, en todo Nueva York no hay nadie más que usted y yo dispuestos a enfrentarse con el peligro que nos amenaza.

—¿Y yo no cuento, Phil? —preguntó Jessy.

—Espero que también me hará el honor de considerar mi presencia, sargento —añadió Barcroft.

Phil se volvió hacia ellos.

—No he querido molestar a nadie —dijo, con la mayor amabilidad que le fue posible—. Admito que somos cuatro. Pero tengan en cuenta que hasta añora sólo hemos luchado contra una avanzadilla; un simple grupo de reconocimiento. ¿Qué podremos hacer cuando se nos eche encima toda la masa invasora? No trato de acobardarles, sino de hacerles ver la situación en toda su realidad.

—Tiene usted razón, McLaglen —dijo Farrel—. El asunto ha adquirido unas proporciones que le sitúan fuera del radio de acción de una simple policía Metropolitana. Es la Tierra entera la que debe luchar contra los invasores. Es necesario informar a la Federación Mundial...

—¿De qué, señor? —preguntó Phil, cortando—, ¿De que *usted y yo* hemos visto a un ser de otro planeta? ¿Quién nos va a creer, si los que están por encima de nosotros lo negarán decididamente? ¡Y lo negarán, porque actúan contra su propia voluntad bajo la influencia telepática de los invasores!

Farrel tuvo que admitir que también en esto andaba Phil acertado.

—Entonces... —empezó a decir, pero no sabía cómo continuar.

—Entonces no nos queda más remedio que luchar solos —dijo Phil—, He querido sólo poner en evidencia las dificultades con que vamos a tropezar y el peligro al que estamos expuestos de que alguno de nosotros caiga en poder del enemigo, como han caído Queen y el coronel y que una vez salgamos de sus manos sea para colaborar con ellos sometidos a su influencia telepática. Ya ven qué poco margen nos queda para salir victoriosos.

—Y para empezar —dijo Farell —, no tenemos ni dónde meternos. Nos persiguen y cuando sea de día esto se llenará de gente.

—Yo les puedo ofrecer mi casa —dijo Barcroft solícito —. Nadie sospechará que están allí, como nadie sabe que yo estoy aquí en estos momentos. No tenemos más que subir en mi turbomóvil y dejar abandonado el del sargento.

Era una buena solución, que fue aceptada por Farrel y Phil. Jessy se unió a ellos, y un cuarto de hora más tarde viajaban por las calles de Nueva York, cruzándose con patrullas móviles de policía Metropolitana, después de haber abandonado los depósitos tan silenciosamente como había entrado en ellos.

Barcroft no tenía en casa más que una vieja criada, que guardaría silencio sobre la presencia de los visitantes. Pero cuando llegaron al domicilio no fue a la mujer a quien encontraron en el vestíbulo de la casa, sino a cuatro hombres. Cuatro hombres que les estaban esperando con las pequeñas pistolas que disparaban los menudos proyectiles que habían ocasionado ya diversas víctimas la noche anterior.

Barcroft se quedó atónito al verlos y no supo explicarse su presencia allí. Pero Phil, que iba a entrar detrás de é comprendió al momento la situación y su reacción fue instantánea.

Empujó a un lado al segundo jefe de abastecimientos, para ponerle al amparo de los posibles disparos, y gritó al mismo tiempo:

—¡Prepare la pistola atómica, capitán! ¡La casa está invadida!

—¿Qué? —exclamó Barcroft—, ¿Esos hombres...?

—¡Esos hombres no lo son en realidad! ¡Son robots servicio del enemigo y hay que eliminarlos sin pérdida de tiempo!

Había actuado al mismo tiempo que hablaba. De su pistola atómica brotó un pequeño rayo, sin producir el menor estampido, y uno de los cuatro robots se convirtió en una nube de humo

ligeramente azulado.

* * *

En aquel momento, Henry Queen, jefe de abastecimientos de la ciudad de Nueva York, estaba hablando por el visófono con el coronel Trevors, jefe de la Policía Metropolitana.

—Creo que me he portado de un modo excesivamente violento con mi sobrina, coronel. ¿Puede ayudarme a buscarla para hacerla volver a casa?

Estaba más calmado. Su furor contra el Gobierno Municipal parecía haber decrecido, o por lo menos haber pasado a segundo lugar, después de la preocupación que le causaba la marcha de su sobrina.

—No tengo inconveniente —conteste Trevors—. Tanto más, cuanto que me consta que no es usted uno de esos individuos que pretenden utilizar a la Policía Metropolitana como fuerza de partido, en defensa de sus fines electorales.

—Gracias, coronel. Y... ¿sabe qué me pasa a veces? Tengo la sensación de que hay en mí una fuerza extraña, que me obliga a adoptar una actitud contraria a mi propia voluntad. No se lo diría si a mi vez no supiera que lucha usted a mi lado.

El rostro del coronel se oscureció en el espejo visor.

—Yo no lucho al lado de nadie —dijo, con sequedad —. Me limito a abstenerme. A negar la colaboración de las fuerzas a mis órdenes. ¡No ayudaré a los que tratan de hacer pasar hambre a los ciudadanos!

—Sin embargo —insistió Queen —, ¿y si esto no fuera en realidad ninguna maniobra?

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir, señor Queen? ¿Acaso le han «comprado» esos individuos?

—No, coronel, y siento que me hable en estos términos. Yo le expongo lo que siento en realidad. Y a veces me parece que, después de todo, esas naves pueden tener una procedencia extraña. Son modelos desconocidos en la Tierra...

—¡Nada cuesta menos que fabricar un nuevo modelo de nave, señor Queen! —gritó Trevors—, ¡Y los que buscan dominar en la ciudad saben que luego se resarcirán con creces de los gastos!

—Bien, pero... ¿dónde se han construido las naves? ¿Dónde están

las fábricas? ¿No le parece que es algo interesante de averiguar?

—Cuando se tiene la firme convicción de una cosa, no hace falta averiguar nada. Siento no poder continuar esta conversación con usted. Soy policía, no político. ¿Quiere que busque a su sobrina? ¿Qué ha hecho? ¿De qué le acusa? El marcharse de casa no constituye delito.

Queen notó que la frialdad del coronel iba en aumento.

—Ha sido sólo un ruego —dijo —. Yo...

—¡La policía no está para resolver los conflictos privados ni para hacer volver a casa a las sobrinas que han reñido con sus tíos! ¡Deje de importunarme si no quiere otra cosa, señor Queen!

—Yo pensaba... —dijo aún Queen.

Pero no supo nadie lo que pensaba, porque dejó de exponerlo al ver que el visor se apagaba y la imagen del coronel desaparecía. Trevors había interrumpido la comunicación.

Queen colgó a su vez, lentamente. Se pasó la mano por la frente, como para calmar el intenso dolor de cabeza que sentía en aquellos momentos, cosa que le ocurría cada vez que su fobia contra el Gobierno de la ciudad flaqueaba un poco.

—El no tenía dudas — murmuró—. ¿A qué será debido que yo las tenga? ¡Y este dolor tan terrible!

Se puso en pie con un gesto de mal humor. Ahora la cabeza le dolía menos y sus convicciones, en cambio, se habían vuelto a reforzar.

—¡Al diablo todo! —gritó, aunque estaba solo en la casa—, ¡Soy un estúpido, y el coronel tenía razón! ¿Cómo he podido dudar un solo instante? ¡Todo es una maniobra y mañana me volverán a oír en el Consejo! ¡En cuanto a esa estúpida de Jessy, que se las arregle como pueda! ¡Ella y su no menos estúpido sargento! ¡No comprendo siquiera cómo pude admitirle un día en mí casa!

Se volvió a sentar y notó que el dolor de cabeza se le había pasado por completo. Ya no había en él más que una personalidad; la favorable a los enemigos de la Tierra. Y dejó de preocuparle el hecho de que el coronel no sintiera nunca la menor vacilación.

* * *

Detrás de Phil disparó otra pistola atómica y un segundo robot quedó volatilizado.

—¡Van dos, McLaglen! —exclamó Farrel, con buen humor—, ¡A este paso, si su fabricación no es muy intensa, les agotaremos las existencias en poco tiempo!

Los robots no habían disparado aún, y los que quedaban iniciaron un movimiento de retirada, obedeciendo a las órdenes transmitidas por radio a sus mecanismos. Se dirigieron a la puerta del fondo, al tiempo que Phil oprimía de nuevo el disparador de su arma y uno de ellos se quedaba en el camino, convertido en nube.

Pero el otro pudo cruzar y quedó fuera del ángulo de tiro.

—¿Adonde se va por ahí, Barcroft —preguntó Phil, al tiempo que se precipitaba al interior de vestíbulo.

—Al patio posterior. Pero no cornprendo...

—¡Gracias! ¡No hace falta que comprenda nada!

Se lanzó como una flecha hacia la puerta por donde había desaparecido el robot, y el capitán fue tras él, a toda prisa también.

—¡Cuidado, McLaglen! ¡Puede ser una emboscada!

—¡Correré el riesgo, pero sospecho que se trata de otra cosa!

Cruzó una estancia al otro lado del vestíbulo y salió al patio.

—¡Si hay riesgo, lo correremos juntos! —dijo el capitán, alcanzándole—. Pero...

Se quedó mudo al ver lo que había allí. En el centro del patio estaba posada una pequeña nave, cuya forma recordaba los platillos volantes de los relatos de anticipación de otras épocas, y el robot corría hacia una compuerta que daba acceso al interior de la navecilla.

No llegó a ella, porque de la pistola atómica de Phil brotó otro fogonazo que puso fin a la carrera del robot. Y otra pequeña bala atómica de la pistola de Phil volatilizó casi a la mitad de la estructura exterior del platillo volante. Este quedó partido en sección, con la cabina de mandos completamente al descubierto. Y en ella un pequeño ser de enorme cabeza y sentado en una silla movible, miraba con estupor hacia fuera, no convencido del todo, sin duda, de lo que había ocurrido a su nave.

Phil no le dejó reaccionar ni esperó a que efectuara un disparo telepático. Su pistola atómica volvió a funcionar y el homínido pasó del estupor a la desintegración.

—No hay otro remedio —dijo el sargento a su capitán—. Está muy lejos de mí el acabar con ningún ser vivo, tanto de nuestro

planeta como de otro, pero sé que no se puede hacer otra cosa con ésos. Hay que librarse a toda prisa de sus ataques telepáticos.

—Tengo experiencia, McLagen, y no le puedo reprochar su actitud —contestó Farrel —, Yo hubiese hecho lo mismo de no habérseme adelantado usted en el disparo.

—Este tipo era el que movía a los robots, al tiempo que sin duda controlaba sus actos mediante la televisión. Por eso, al ver que las cosas iban mal, ha ordenado una retirada.

—Y entonces ha ido peor —repuso el capitán, riéndose.

—Lo que me extraña es que no hayan efectuado ni un solo disparo —comentó Barcroft, que acababa de salir al patio junto con Jessy.

—Tal vez la intención del menudo personaje no era acabar con nosotros, sino capturarnos. Puede ser que les interesemos vivos. Han preparado la emboscada, pero al fallarles, se han querido retirar.

—¿Y cómo sabían que íbamos a regresar todos a mi casa? —preguntó Barcroft—, A no ser que sólo pensaran capturarme a mí…

—Es muy posible, Barcroft. Usted es el segundo jefe de abastecimientos, un personaje importante. Pero no nos preocupemos más por lo que no podemos aclarar; bastantes quebraderos de cabeza tenemos encima.

—Siento de veras el incidente. Ahora ya no considerarán segura mi casa.

—Al contrario, Barcroft —replico Phil —. Desde ahora su casa se ha convertido en algo sugestivo, puesto que es visitada por el enemigo. Si vuelven, tendremos nueva ocasión de establecer contacto con ellos y de hacerles fracasar.

Pero no hubo nuevas visitas en el resto de la noche. Se estableció un turno de guardia, a cargo de los tres hombres, y a la mañana siguiente estaban todos de nuevo en condiciones de reanudar la lucha si se presentaba.

Barcroft tenía que acudir a su trabajo en el Departamento, pero disponía aún de dos horas y se puso a disposición de sus huéspedes y aliados durante aquel tiempo.

—Dispongo de un helicóptero — manifestó—. No creo que las patrullas me detengan para mirar a quiénes lleve como pasajeros. Así que si quieren salir…

—Sería interesante echar un vistazo a los diversos depósitos de

grano —contestó Farrel, aceptando—. Desde el aire podremos comprobar lo que ha sucedido en ellos durante la noche. Es posible que se diga algo en la sección de noticias televisadas, pero es preferible la comprobación directa.

A Phil le gustó también la idea. Se le hacía antipático el pensamiento de pasarse el día encerrado en la casa, en espera de los acontecimientos. Y Jessy, como no se quiso quedar sola, formó parte también de la expedición.

Cinco minutos más tarde, el helicóptero, pilotado por el propio Barcroft, sobrevolaba la inmensa ciudad, siendo uno más en el gran número de los que surcaban el cíelo. No llamaron la atención de nadie y pudieron presenciar desde el aire los trabajos que se efectuaban en el depósito Sur para retirar la gigantesca y averiada nave que Phil había inutilizado la noche antes.

—Si no se empeñan en llevar una venda en los ojos, han de darse cuenta de que el mecanismo que mueve a esa nave no tiene nada que ver con los empleados en la Tierra — contestó Phil.

—Supondrán que se trata de un nuevo invento, mantenido hasta ahora en secreto —contestó Farrel escéptico—. Cuando la gente se empeña en no ver la realidad...

Pasaron a los depósitos del Oeste, se trabajaba con normalidad sin que nada hiciera suponer que allí se había robado trigo por la noche. Luego Barcroft dirigió el helicóptero hacia el Norte. Allí, en aquel confín extremo de la gran ciudad, la vida parecía estar mucho más apagada. Era un sector en el que apenas había viviendas y la mayor parte de las edificaciones eran grandes fábricas, con mucha animación en su interior, pero sin que apenas circulase hacia fuera de sus muros salvo en las horas de entrada y salida del trabajo.

También allí todo parecía normal. Daba la sensación de que aquella noche los pequeños seres sólo habían intentado el asalto de los depósitos del Sur.

—¿Vamos al Este? —preguntó Barcroft, después de haber dado un par de vueltas sobre el recinto.

—Sí —dijo Farrel —. Por aquí circulan pocos helicópteros, y si nos entretenemos demasiado vamos a llamar la atención. ¿Eh? Pero... ¿qué pasa?

Barcroft estaba haciendo funcionar con toda rapidez las palancas del cuadro de mandos.

—No sé —contestó, nervioso —. El aparato no funciona. Los motores se han parado de repente.

—¡Caemos! —gritó Jessy, asustada.

Lo único que pudo hacer Barcroft fue poner en funcionamiento el antigravitador, que actuaba con independencia del conjunto de los demás motores. El antigravitador era un servicio de emergencia que disminuía o anulaba la gravedad de los vehículos aéreos impidiendo su caída brusca y que se estrellaran contra el suelo.

—Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa —dijo Barcroft.

—Es bastante —opinó Phil, mientras el helicóptero descendía con suavidad —. Pero estemos alerta. Puede no tratarse de un mero fallo de los motores.

—¿Quiere decir que alguien los ha parado intencionadamente desde el exterior? —preguntó Farrel escéptico—. ¿Cómo lo habría hecho?

Phil dijo:

—No lo sé, pero recordemos que «ellos» mueven sus propias naves mediante fuerza telepática. No sabemos qué alcance puede tener esta fuerza ni si es capaz de detener un motor en marcha.

—Si fuera así, el enemigo estaría cerca —repuso el capitán—. Estemos preparados por si acaso.

De pronto apareció algo por la esquina inmediata. Algo del todo corriente en la ciudad de Nueva York, pero que puso a Phil y a Farrel más en conmoción que si hubieran visto un destacamento de homínicos con sus monstruosas cabezas.

—¡Un patrullero de la policía! —gritó el capitán.

—¡Si nos reconocen, nos van a fastidiar! —repuso Phil.

Y era forzoso que los reconocieran, en aquel lugar solitario, sobre todo teniendo en cuenta que llevaban aún puesto el uniforme del Cuerpo.

Actuaron ambos con rapidez, y cada cual por su cuenta, para ponerse fuera de la vista del patrullero. Se situaron al otro lado del helicóptero, y mientras el capitán saltaba la pequeña valla que tenía a sus espaldas, perteneciente al terreno de una de las fábricas, Phil emprendía la carrera hacia la esquina opuesta, de la que le separaban muy pocos pasos.

Todo dependía de que los del patrullero se hubieran fijado en el primer instante en los movimientos de las personas que rodeaban al

helicóptero. Phil consideró que tratándose de un servicio ordinario, lo más fácil era que el personal del patrullero estuviese distraído, charlando entre sí, y que no hubiesen prestado atención al helicóptero desde el primer momento.

Siguió corriendo y alcanzó otra esquina. La calle estaba bordeada en toda su extensión por las paredes de dos fábricas, una a cada lado, construidas con modernísimo material plástico lo mismo que la valla por la que había saltado el capitán Farrel.

En la nueva esquina se detuvo, y se quedó observando, por si el patrullero tomaba aquella dirección. Reflexionó con pena que en pocas horas se había convertido de un policía en casi un fugitivo de la justicia. Permaneció unos minutos en su puesto de observación, hasta que vio pasar al patrullero, que continuó por una calle próxima. Esperó aún un poco más, y luego, a paso lento, empezó a regresar hacia el helicóptero.

Al doblar la esquina se encontró con algo inesperado. Algo que le hizo comprender que en el curso de aquellos pocos minutos los melenudos seres de monstruosa cabeza habían estado allí. Barcroft yacía en el suelo, inmóvil, junto al helicóptero, con los mismos síntomas que presentaba el capitán Farrel después de haber recibido el disparo telepático.

Y Jessy no estaba en ninguna parte. ¡Los homínicos extraterrestres la habían secuestrado!

CAPÍTULO V



URANTE unos segundos, Phil permaneció inmóvil, dominado por el estupor. Si en aquel espacio de tiempo los pequeños seres hubiesen querido volver a actuar, le hubieran secuestrado o hubiesen acabado con él sin encontrar la menor resistencia.

Pero no ocurrió nada de esto. Phil reaccionó a los pocos segundos y su cerebro empezó a trabajar a marchas forzadas. Necesitaba ante todo ver qué le había pasado al capitán durante aquel breve período de tiempo. Avanzó hacia la valla y vio a Farrel al otro lado, que se dirigía ya hacia él. Aquel rincón del patio, limitado al otro lado por la pared del edificio, estaba solitario y Farrel no había llamado la atención al personal que trabajaba en el recinto,

—¿Ha pasado ya todo? —preguntó el capitán, disponiéndose a saltar.

Pero Phil se lo impidió con un gesto.

—Espere. Seré yo quien entre.

Farrel miró hacia la calle por encima de la valla de plástico.

—Pero si el patrullero se ha marchado ya... —dijo.

—Se ha marchado, pero necesitamos perseguirlo. ¿Me concede un poco de confianza, señor?

—Toda, McLaglen. Obre como le parezca más conveniente. De hecho, ya no soy yo capitán ni usted sargento, sino dos camaradas que luchan por la misma causa. Y no importa quién sea el que lleve la iniciativa.

Phil había saltado ya al interior del recinto. Y avanzó por el patio del edificio, encontrándose ahora en un sitio frente a los almacenes, donde varios obreros se dedicaban a la carga de turbocamiones mediante pequeñas grúas electrónicas.

Phil se lo hizo notar a Farrel.

—Nueva York no está todavía lo suficientemente «trabajada» por el enemigo para que éste intente el desembarco en gran escala —dijo.

—Sin embargo, si las cosas continúan al mismo ritmo que hasta ahora, temo que los trabajos no tardarán en paralizarse —contestó Farrel —. Pero ¿me ha hecho venir aquí sólo para constatar esto, McLaglen?

—No, señor. Le he hecho venir porque necesitamos un vehículo, y a toda prisa.

—¿Cómo?

Pero Phil no le contestó. Acabó de avanzar hacia los trabajadores, los cuales estaban mirando ya con extrañeza a los dos hombres que vestían el uniforme de la Metropolitana. Sin preocuparse por las miradas, Phil se dirigió a la cabina del camión más cercano y habló con el conductor del mismo, que estaba en el interior.

—Este vehículo queda requisado —dijo—. Salga de ahí. Hay prisa.

—Supongo que sí, sargento —contestó el conductor—. Pero ¿no le parece que debería hablar con el capataz?

—No he de hablar con nadie. ¡Abandone la cabina al momento!

Phil hizo ademán de coger una de sus pistolas, y el hombre, asustado, no necesitó nuevas explicaciones. La cabina fue abandonada y Phil pasó al interior de la misma.

—Suba, señor —dijo a Farrel.

—No estoy demasiado convencido, pero hemos quedado en que llevaría usted la iniciativa, McLaglen —contestó el capitán, obedeciéndole.

Los trabajadores se habían quedado atónitos, sin saber qué actitud adoptar, y seguían igual cuando el turbocamión se puso en marcha hacia la entrada del recinto.

—Bueno —dijo Farrel —, ¿le importaría decirme qué se propone, McLaglen?

—Algo muy sencillo. Buscar al patrullero de antes. Si nos damos un poco de prisa, lo localizaremos aún en este sector. El vehículo iba en servicio normal de vigilancia, así que no llevaba la menor prisa. Lo más fácil es que siga del mismo modo.

Habían doblado ya varias esquinas. Se cruzaron con algún que otro vehículo, pero ninguno de ellos era el patrullero de la policía.

—¿Y por qué hemos de buscar ahora al patrullero, cuando antes huimos de él como conejos a la vista de un galgo?

—Se lo explicaré, señor. Tengo una corazonada. Quizá no pase de ser esto, una corazonada, pero quiero correr el riesgo. Si me equivoco, resolveremos la situación del mejor modo que nos sea posible.

—¿Quiere hablar de una vez?

—Lo estoy haciendo. Usted no sabe aún que Barcroft ha recibido un disparo telepático y yace sin sentido junto al helicóptero, y que Jessy ha sido secuestrada.

—¿Eh?

—Como le acabo de decir, señor. Y todo esto a consecuencia de un conjunto de circunstancias altamente sospechosas. El helicóptero se ha averiado en un sector de la ciudad de carácter industrial y en un momento en que la circulación de vehículos es casi nula. Luego, la coincidencia del patrullero, apenas el helicóptero ha tocado el suelo...

—¿Supone que la policía sabía que el helicóptero iba a caer?

—La policía, no. Pero sí «ellos». Esos enanos cabezudos, que pueden haber parado los motores mediante un disparo telepático. ¿No ata cabos todavía?

—Francamente, no.

—Pues yo sí, señor. Yo deduzco que el patrullero era una imitación perfecta de nuestros coches, pero fabricada por nuestros enemigos. Su misión era detenernos al bajar del helicóptero, pero nos han visto con las pistolas atómicas en las manos y han considerado que llevan perdidos ya demasiados robots.

—¡Rayos, McLaglen! ¡Su teoría es muy arriesgada! ¿Supone que el patrullero iba tripulado por robots?

—Con uniforme de la policía. No tardaremos en verlo, y usted mismo se dará cuenta, señor. Sé que hubieran podido ordenar al coronel que tuviese apostado un coche auténtico, con policías de verdad, pero al parecer a los pequeños cabezudos les interesa tenernos en su poder y el coronel nos hubiera encerrado en un calabozo.

En el rostro de Farrel continuaba reflejándose la duda. El turbocamión había dado ya unas cuantas vueltas por varias calles semidesiertas, sin encontrar más que vehículos comerciales que

entraban o salían de las diversas fábricas asentadas en el sector. Pero de pronto, casi inesperadamente, al doblar una esquina, se encontraron de frente con el patrullero. Este avanzaba despacio, como era costumbre en los coches de la policía cuando no realizaban una misión concreta.

Phil y Farrel se pusieron en tensión.

—¡Por fin! —dijo el primero—. ¡Aquí lo tenemos! ¡Manos a las pistolas atómicas, señor!

—¡Oiga, McLaglen! ¡No vamos a disparar sin asegurarnos antes de que son robots y no auténticos policías!

—Lo sabrá al momento, mirando los cuatro rostros, señor. El enemigo ha cometido un fallo al fabricar sus robots de apariencia humana. Y es que les ha dado a todos el mismo rostro. ¿No se había dado cuenta?

—¿Eh? La verdad, ha sido tan rápido cada vez que nos hemos encontrado con ellos...

—Pues yo lo he observado, señor. Siento haberle superado en esto. Pero si los cuatro ocupantes del patrullero parecen gemelos, no vacile en disparar.

Los dos vehículos se habían acercado, y Phil maniobró de modo que el turbocamión cerraba el paso al patrullero y lo obligó a detenerse. Al momento abrió la cabina y se lanzó fuera, con la pistola atómica en la mano. Esta vez se consideraba con más ventaja, ya que la reacción de los robots sería tardía. Quien manejaba su mecanismo no podía saber que el turbocamión iba tripulado por Phil y el capitán, y no se enteraría hasta que los visores de los propios robots captaran las dos figuras y las transmitieran a la pantalla del centro de dirección donde sin duda estaba uno de los pequeños invasores de la Tierra.

Farrel bajó tras él y ambos avanzaron a toda prisa hacia el coche patrullero. Phil abrió la portezuela y cuatro rostros absolutamente idénticos se volvieron hacia él. Eran robots, como había supuesto. No iniciaron ningún gesto agresivo, porque sus mecanismos no habían recibido aún ninguna orden. En el puesto de mando, el menudo personaje de la silla movible, debía de estar aún sorprendido por la inesperada aparición, por muy desarrollado que estuviese su cerebro.

Y Phil no le dio tiempo de reaccionar. Cuatro disparos atómicos

volatilizaron a los cuatro muñecos en menos de un segundo, y el tipo de la pantalla se hubo de quedar de pronto sin ver nada y sin posibilidades de contraatacar.

—¿Se ha dado cuenta, señor? —preguntó Phil, volviéndose hacia el capitán.

—Sí, McLaglen. He podido apreciar con toda claridad que sus rostros eran iguales.

—Consecuencia de las prisas. Esa gente tiene hambre y necesita conquistar la Tierra y sus alimentos en un tiempo mínimo. Esto hace cometer fallos aún a cerebros tan desarrollados como los de esos enanos.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer ahora? Hemos robado un camión y lo más fácil es que en la fábrica se hayan puesto en contacto con la policía.

—Sí, y las patrullas reanudarán nuestra búsqueda. Tanto las de tierra como las aéreas. Pero si no le parece mal, vamos a cambiar de vehículo.

—¿Nos quedamos con el patrullero?

—Exacto, señor. Dejaremos abandonado el camión para que lo encuentren y lo devuelvan a sus dueños. Y regresaremos a casa de Barcroft por vía terrestre. ¿Qué le parece?

—Que es arriesgado, pero lo podemos intentar.

En realidad, no tenían demasiadas cosas para elegir. Un coche patrullero llamaría menos la atención que dos policías usando cualquiera de los transportes ciudadanos y, en caso de peligro, una carrera por las calles de la ciudad y el abandono del vehículo en algún lugar bien elegido podrían aún permitirles conservar la libertad.

Phil había abrigado la remota esperanza de encontrar a Jessy en el coche, pero tuvo que convencerse de que se habían llevado a la joven por otro medio. Dejando escapar un suspiro, se sentó al volante mientras Farrel lo hacía a su lado, y puso el coche en marcha hacia el centro de la ciudad.

—Nos presentaremos en casa de Barcroft. La mujer de servicio sabe que nos alojamos allí y nos permitirá la entrada.

—¿Con el coche y todo? Porque no creo que quiera usted aparcarlo en las inmediaciones de la casa, McLaglen.

—Sería denunciarnos, señor. Mi idea es entrar con el coche hasta

el patio y destruirlo allí, para que no quede ningún vestigio de su presencia.

La idea era buena, y llegaron a la casa sin haber tenido el menor tropiezo. La sirvienta no les puso el menor inconveniente; y una vez en el patio, donde quedaban aún los restos del platillo volante, varios disparos atómicos hicieron desaparecer por completo al falso coche patrullero.

Luego, los dos amigos pasaron al interior de la vivienda y Phil interrogó a la mujer. Esta, después de la invasión de la casa por los robots la noche antes, no las tenía todas consigo.

—¿Sabe algo del señor Barcroft?

—Se marchó con ustedes. ¿Es que.... le ha sucedido algo?

—Nos hemos tenido que separar en circunstancias poco claras. Yo esperaba que hubiese regresado...

La mujer consultó un reloj.

—A esta hora, el señor Barcroft debería estar ya en su oficina del Departamento —dijo—. Claro que con todas esas cosas terribles que están sucediendo en la ciudad... Se dice que la gente dejará de trabajar si el Gobierno Municipal no garantiza que cesarán los robos de comida.

La noticia se prestaba a un comentario sobre la situación, pero en aquel momento a Phil le interesaban cosas más concretas.

—Me interesa saber si ha ido al departamento —dijo—, ¿Le importaría a usted efectuar una llamada?

La mujer se dirigió al visófono.

—Le diré que están aquí y que...

—No le diga nada de eso —la interrumpió Phil—. Podría no estar solo en su despacho y no conviene que nadie más sepa que nos alojamos en su casa. Dé cualquier excusa para justificar la llamada. Por ejemplo, que le han dicho que el helicóptero había sufrido un percance.

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras descolgaba el aparato y marcaba un número. Se encendió el visor y el rostro de Barcroft apareció en la pantalla. Se mostró ligeramente sorprendido al ver a la sirvienta.

—¿Sucede algo en la casa, Molly? —preguntó al momento.

—Nada, señor Barcroft. Sólo que... me han dicho que su helicóptero había sufrido un percance y he temido que le hubiera

pasado algo…

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Barcroft, poniéndose serio.

—Pues… pues… —la mujer no sabía qué contestar. Había llegado al límite de las instrucciones dadas por Phil. Este le hizo señas de que no le mencionara y la mujer se atolondró más.

Barcroft notó algo.

—¿Quién se lo ha dicho, Molly? —insistió. Se dio cuenta de que Molly estaba mirando a alguien, como solicitando instrucciones, y repuso—: ¡Oiga, Molly! ¡Hable de una vez! ¿Qué pasa ahí?

—Nada, señor. La gente dice… —se volvió a interrumpir, pero ya Barcroft había cortado la comunicación.

Molly colgó a su vez, avanzando luego irritada hacia Phil.

—¡Vaya embrollo en que me ha metido usted! —se adelantó — , ¿Qué le voy a decir al señor Barcroft cuando venga? Querrá saber qué ha pasado y por qué le he llamado de verdad…

—No se preocupe —contestó Phil, sonriendo—. Nos encontrará aquí y seré yo quien le conteste y se lo explique todo.

—No acabo de comprender qué se ha propuesto usted con todo esto, McLaglen —intervino Farrel, de no muy buen talante.

—Pues es muy fácil, señor. Quería saber si Barcroft estaba ya en su despacho.

—¿Y qué aclaraba con ello?

—Las causas del incidente. Usted tardó hora y media aproximadamente en recuperarse del impacto telepático, señor.

—¿Y bien…?

Phil consultó su reloj de pulsera.

—Mire —dijo—. Hace apenas media hora que Barcroft ha sido atacado del mismo modo y ya está en su despacho, tan tranquilo.

Pareció que Farrel reflexionaba unos momentos.

—¿Supone que Barcroft está con el enemigo? —preguntó, luego.

—¿No lo están el coronel Trevors y el jefe de abastecimientos Queen? Del mismo modo lo puede estar cualquier otro. Barcroft ocupa un cargo de importancia en la dirección de la ciudad.

—Pero el coronel y Queen han demostrado su cambio de modo violento. En vez de ello, Barcroft se ha mostrado siempre favorable a nosotros.

—Pueden ser éstas las órdenes que le hayan dado, señor —insistió Phil —. Cada cual actúa de acuerdo con las conveniencias de

los invasores. Barcroft puede haber recibido la orden de mostrarse dócil. Además…

—¿Además, qué?

Phil no pudo continuar explicándose, porque en aquel momento se abrió la puerta y Barcroft en persona penetró en la casa. Venía un tanto excitado, y su excitación pareció aumentar al ver a los dos destituidos policías.

—¿Están ustedes aquí? —dijo —. Entonces…

—Estamos, lo mismo que usted, Barcroft. Y con muchas ganas de hablar —contestó Phil.

—¿De qué quieren hablar?

—De lo sucedido. Ha sido sumamente curioso.

—Sin duda, pero si lo que buscan es una aclaración, muy poco es lo que yo puedo decir. Cuando se marcharon ustedes pasó el patrullero, pero ni siquiera se detuvo.

—¿No vio usted a los hombres que lo tripulaban?

—Supongo que serían policías. Desde luego, no me fijé en ellos. Decía que pasaron de largo…

—Curioso —interrumpió Phil—. Yo calculé el tiempo desde la esquina y aseguraría que debieron detenerse. Mire, Barcroft, usted está mintiendo.

—¡Oiga, McLaglen! ¿Qué está insinuando?

—No insinúo, afirmo. ¡Usted sabe donde está Jessy y me lo va a decir!

Phil se había puesto en píe y su actitud era de amenaza.

—¿Cree que esos enanos se han apoderado también de mi mente? —preguntó Barcroft—, ¿Cree que estoy en la misma situación que el señor Queen y el coronel Trevors?

—No —contestó Phil, tajante.

—Entonces…

—¡Creo algo peor, Barcroft! —dijo Phil, con acento terrible—. ¡Creo que alguien colabora de modo consciente con el enemigo! ¡No, Barcroft! ¡No creo que esté bajo el influjo mental de esos asquerosos enanos! ¡Creo que es usted un traidor!

Barcroft estaba muy pálido, y en su frente se estaban formando pequeñas gotas de sudor.

—Va usted muy lejos, McLaglen —dijo, con voz vacilante.

Pero otra voz, llena de firmeza, replicó, a espaldas de Phil.

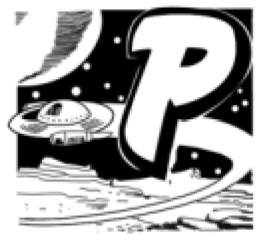
—Sí, demasiado lejos. Pero ha llegado ya al término de su viaje.

Phil se volvió y pudo ver al capitán Farrel que le miraba con sonrisa cinica mientras le apuntaba con su pistola atómica.

—¿Usted… también, capitán? —pudo decir Phil.

—Ha sido usted muy listo, McLaglen —replicó Farrel, acentuando su sonrisa —. Pero no lo suficiente para ganar la última batalla. ¡No se mueva si no quiere convertirse en una nube de humo! ¡Es un consejo que le doy!

CAPÍTULO VI



PHIL no quiso desoír el consejo. Le habían cogido. Era posible que estando preso pudiera hacer muy poca cosa, pero evidentemente haría mucho menos si Farrel le desintegraba de un balazo atómico.

—Está bien —dijo—; ustedes ganan.

Sin dejar de apuntarle, Farrel miró a Barcroft.

—Desármelo —indicó.

El segundo jefe de abastecimientos de la ciudad lo hizo muy a gusto. A pesar de la pistola de Farrel, seguía temiendo una inesperada reacción de Phil. Cuando lo hubo desarmado se sintió bastante más tranquilo.

—Ahora llamo a Abmac, ¿verdad? —preguntó.

—Supongo que sí —dijo Farrel —. No lo sé en realidad. No conozco a nadie que se llame Abmac. A mí sólo me ordenaron que capturase a McLaglen de acuerdo con usted.

Al oír esto, Phil respiró hondo. Su capitán se había limitado a cumplir una orden telepática. Luego, no era traidor. No era más que una víctima de los invasores, lo mismo que el coronel y que Queen.

Y acto seguido sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo. ¿Y sí hacían lo mismo con él? ¿Y si forzaban su mente y mediante la fuerza telepática le obligaban a actuar contra su voluntad, al servicio de aquellos repugnantes seres que se proponían invadir la Tierra? Pensó que valía mucho más morir. Era preferible que una bala atómica terminase con su existencia a verse sometido a las órdenes de aquellos personajes. Muriendo, cumpliría con su deber de policía, de defensor de la raza humana, y no tendría que contribuir a su destrucción o a su esclavizamiento.

Pareció, sin embargo, que Farrel había adivinado sus intenciones.

Porque cuando Phil se volvió contra él, dispuesto a luchar hasta el fin pasase lo que pasase, el antiguo capitán había sacado ya unas esposas de uno de los bolsillos de su uniforme, y se las colocó con una destreza que acusaba sus largos años de práctica. Phil hubiera podido, quizá, evitar ser esposado por un compañero; pero le fue imposible impedir que lo hiciera el capitán. Cuando se dio cuenta de la actitud de Farrel, cuando trató de evitarlo, los hierros se cerraban ya sobre sus muñecas y le era imposible servirse de los brazos.

—Lo siento, McLaglen, pero he de llevar mi labor hasta el fin. Quiero asegurarme de que no tiene la menor posibilidad de fuga.

Entretanto, Barcroft había ido en busca de un pequeño aparato provisto de un botón que pulsó repetidas veces. Contra Barcroft sí que podía Phil pronunciar palabras de desprecio, pero pensó que la mejor manera de manifestarla sería callándose.

—Antes de un minuto Abmac estará aquí —dijo el traidor, dirigiéndose a la puerta que daba al patio.

No le contestó nadie. Phil, porque se había propuesto guardar silencio y Farrel, porque, habiendo completado su misión, no sabía qué decir.

No había transcurrido aún el minuto, cuando a través de la abierta puerta vieron el platillo volante en el jardín. El aparato se posó en el punto deseado con una velocidad imposible de superar y sin que se pudiera advertir su llegada

Se abrió la compuerta del platillo, salió fuera una plataforma descendente y por ella empezó a avanzar una siila movible en la que iba sentado uno de los repugnantes seres extraterrestres. Pensó que aquél era el llamado Abmac, y pensó también que esta vez quedaría sometido por completo a su influencia.

La silla de Abmac avanzó hacia el interior de la casa. En su fea boca apareció una mueca que se podía tomar por una sonrisa de triunfo. Sin preocuparse por la presencia de los otros dos, sus ojillos brillantes se posaron sobre el rostro de Phil. Este notó una sensación rara, como si le empezara a acometer un profundo sueño. Abmac le siguió mirando y, por fin, Phil dejó caer abatida la cabeza sobre el pecho.

Fue todo muy rápido. Entonces Abmac se volvió hacia los otros dos. Había un tono de desprecio en sus palabras.

—Esperaba un poco más de fortaleza en la raza humana —dijo—.

Pero se doblan todos en segundos. Sólo Queen ofreció un poco de resistencia. Casi no valían la pena todos los preparativos que hemos hecho. Hubiera bastado la invasión en gran escala por nuestra parte para tener reducida a la Humanidad con nuestros disparos mentales.

Phil levantó la cabeza. Ahora parecía otro. Su expresión de desprecio y de odio habían desaparecido. Sonrió al mirar a Abmac.

—¿Está dispuesto a colaborar conmigo, muchacho? —preguntó el enano.

—Hasta el fin, señor. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Las tendrá dentro de breves minutos, cuando estén aquí Trevors y Queen. Los he llamado.

No había mucho que hablar entre aquellos seres unidos por tan extraños procedimientos. La espera transcurrió en silencio, pero fue corta. Trevors y Queen llegaron casi al mismo tiempo, en sus respectivos turbomóviles, y tomaron asiento en el vestíbulo de la casa, donde había de efectuarse la reunión.

Todos esperaron a que hablase Abmac. Era el jefe, el organizador, y el que había de darles instrucciones.

—Ante todo, voy a hacer un pequeño resumen de los acontecimientos, para que todos sepan por igual lo realizado y lo que hay que realizar —empezó el enano—. Mi primer contacto con terrestres lo establecí con Barcroft, con el cual no me fue necesario establecer lazos telepáticos porque desde el primer momento se puso a mi disposición a cambio de que se le nombrara jefe de los esclavos de la Tierra. Como su ayuda no ha tenido que ser impuesta, le ha sido concedido el mando y desde ahora le considerarán ustedes como a su jefe. Una vez conquistada la Tierra, todas las órdenes las recibirán a través de Barcroft. La raza de Neafar está demasiado por encima para tratar directamente con los humanos. A Trevors y Queen tuve que «convencerles», lo mismo que posteriormente a Farrel y McLaglen. Encargué a los dos primeros que crearan un ambiente de desconcierto y pánico entre la población, acusando a determinados personajes del Gobierno Municipal de lo que estaba ocurriendo con el trigo. Ambos han sabido desempeñar su cometido. Ocuparán puestos directivos, en la futura organización de la Tierra, pero bajo las órdenes supremas de Barcroft.

—¿Puedo solicitar el mando de todas las fuerzas de policía? —preguntó Trevors.

—Espero que Barcroft se lo conceda —contestó Abmac—. Yo me limitaré a recomendarle. Pero dejemos esto ahora y tratemos del trabajo que les espera aún a todos ustedes.

Hizo una breve pausa, para echar una ojeada general a su auditorio. Todos le escuchaban con abierto interés.

—La conquista de Nueva York no será aún la conquista de toda la Tierra, pero sí un paso primordial para la misma — dijo —, ¡Y tengo previsto el asalto para mañana! Como jefe de las fuerzas de invasión, quiero que tengamos las menos bajas posibles. Las vidas de los seres de Neafar son demasiado preciosas para sacrificarlas a la ligera. Por lo tanto, todos ustedes actuarán de modo sincronizado, a fin de que los acontecimientos se produzcan tal como los he previsto yo.

Se volvió para mirar a Phil.

—El primero en actuar será usted, McLaglen —repuso.

—Sí, señor —contestó Phil, con naturalidad.

—Su misión es dar muerte al presidente del Congreso Municipal. Irá a su domicilio particular, con el pretexto de cualquier descubrimiento, que no se atreverá a revelar a Trevors debido a la actitud adoptada por éste. No es de suponer que el presidente tenga ningún recelo. Una bala atómica hará el resto. Nada de vacilaciones.

—Sí, señor —repitió Phil.

—Para mayor seguridad, le acompañará Farrel, que desde ahora tiene orden de matarle a usted si vacila, y al presidente, a continuación. Irán a primera hora de la mañana, cuando el presidente se haya levantado y se disponga a desayunar.

Farrel no dijo nada, pero en su rostro se podía leer que aceptaba la orden. Abmac prosiguió:

—Entretanto, Queen organizará uno de sus escándalos en el Consejo, acusando a todo el mundo. Exigirá que Barcroft sea reconocido como nuevo presidente, y entonces Trevors se lanzará a la calle con todas las fuerzas disponibles, ocupando los principales puntos estratégicos de la ciudad, para evitar toda posible resistencia por parte de la población. Será cuando empiecen los desembarcos. Nosotros no empleamos armas, pero podemos matar a las personas con un disparo mental. Nos situaremos en los lugares previamente ocupados por la Policía Metropolitana, y esperaremos que el nuevo presidente proclame la necesidad de acatar nuestras órdenes. La población estará lo bastante asustada para no oponerse, de modo

que en poquísimo tiempo los veinticinco millones de habitantes de Nueva York quedarán bajo nuestro control. Todo ha de ir cronometrado. Todo ha de salir bien. Cualquier fallo, cualquier intento de resistencia, se pagará con la muerte fulminante.

Hizo volver su silla en dirección a la puerta que daba al patio.

—Eso es todo, señores —dijo —. Mis órdenes se han de cumplir siempre, ya lo saben. No traten de esforzarse contra ellas.

Miró a Queen, a quien iban dirigidas sus últimas palabras. Luego, sin despedirse, porque los terrestres no se merecían cumplidos, hizo avanzar su silla hacia el exterior. Subió al platillo volante, que desapareció con la misma rapidez con que se había presentado.

Los cinco hombres se miraron unos a otros, y luego miraron a Barcroft. Este leyó sumisión en sus rostros. En sus labios brilló una sonrisa de triunfo, y luego, mirando a Phil, dijo:

—Ahora ya puede saber la verdad de lo que ocurrió con el helicóptero, McLaglen.

—Supongo que lo pararía usted.

—Abmac me había dado instrucciones para su captura. Preparó el patrullero con los robots, y yo fui hacia allí. Pero el capitán y usted escaparon a tiempo, lo cual no estaba previsto, y entonces Abmac decidió capturar mentalmente a Farrel, dándole orden de que actuara contra usted. Lo encontró al otro lado de la valla, escondido en un rincón que forma el muro, de modo que pudo actuar con rapidez y sin que le viera nadie. Desde entonces Farrel está a nuestro servicio.

Guardó unos momentos de silencio, y repuso:

—¿No le interesa saber qué pasó con Jessy?

—Sólo si usted considera conveniente decírmelo, señor —contestó Phil.

—Jessy fue secuestrada por el propio Abmac, pero sólo para llevarla lejos de allí. Su presencia era un estorbo. En Neafar se desprecia a las mujeres, y Abmac ni siquiera consideró conveniente «pasarla» a su servicio. Supongo que la encontrará de nuevo en casa de Queen.

—Iré allá si usted no tiene inconveniente, señor.

—No; basta con que quede de acuerdo con Farrel respecto a la hora y sitio en que se han de encontrar mañana. En cuanto a ustedes, Trevors y Queen, recuerden bien las órdenes. Nada más,

señores. Esperemos que mañana Nueva York esté en manos de Neafar, a cuyo servicio estamos todos.

Phil, Farrel, Trevors y Queen salieron a la calle. Los dos primeros fijaron el sitio donde debían encontrarse al día siguiente, y luego se separaron. Queen se acercó a Phil.

—¿Quieres que te lleve en mi turbomóvil, muchacho?

—Me gustaría pasar por su casa para saludar a Jessy.

—Ahora no me importa. Vamos.

Jessy, efectivamente, había vuelto a casa de su tío. Cuando llegaron los dos, la muchacha estaba aterrorizada aún.

—¡Phil, ha sido terrible! —exclamó, sin preocuparse al ver que llegaban tan amistosamente los dos.

—No debiste haberte asustado, pequeña —contestó Phil, con frialdad.

—Pero ¿sabes lo que me ha ocurrido? —preguntó ella, ahora un poco molesta — . Ese monstruo…

—No hables así de un ser de la raza de Neafar, Jessy —le convino Queen.

—¿Cómo? ¡Tío! ¿Te atreverás a decir que esos repugnantes sujetos merecen alguna consideración?

Esta vez fue Phil el que contestó.

—No debes fijarte en las apariencias. La raza de Neafar está muy por encima de nosotros.

—¡Phil! ¿Te has vuelto loco?

—¿Yo, pequeña? Tal vez lo estaba antes, cuando tan absurdamente les combatía. Pero ahora he sabido reconocer el error.

Jessy le miró, asustada.

—¡Phil! ¡Tú no eres el mismo! ¡Ahora…, ahora estás al lado de mi tío! ¡Estás…! ¡Te han…! —no se atrevía a concluir. En sus ojos asomaron algunas lágrimas.

—Me ha hecho comprender la verdad, Jessy. Eso es todo. Los hombres no hemos de ser tan orgullosos. Existen razas superiores a la nuestra, y la de Neafar es una de ellas. Lealmente, hemos de reconocerlo.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Jessy. Retrocedió de espaldas hacia la puerta, mirando al mismo tiempo a su tío y a Phil.

—Nunca hubiera creído escuchar estas palabras de tus labios,

Phil.

—La verdad es dolorosa a veces. Lo siento. Pero no te preocupes más. Abmac me ha prometido un cargo dirigente y entonces nos casaremos. Para nosotros será como si la Tierra no estuviese ocupada por la gente de Neafar.

—¡Nunca me casaré contigo, Phil! ¡Nunca!

—No digas eso, pequeña. Será muy pronto.

—¡Nunca! —repitió ella, alcanzando la puerta y abriéndola—, ¡Ni pienso volver a verte! ¡He sido una tonta al volver a esta casa!

Salió, sumida en la mayor desesperación, y sin que Phil hiciera el menor esfuerzo por retenerla o por animarla.

El joven se encogió de hombros, murmurando:

—Realmente, no hay quien entienda a las mujeres.

Se volvió hacia Queen y repuso:

—No sé si será conveniente que vaya a pasar la noche en mi casa. Podría descubrirme alguna patrulla y el coronel se vería en un apuro. Es conveniente que mañana por la mañana esté en libertad.

—¿Por qué no se queda aquí? —sugirió Queen—. Tengo habitación para usted. Y nos tendremos que levantar casi a la misma hora.

—Me gusta la idea —contestó él —. Agradecido por su hospitalidad, Queen.

* * *

Barcroft se había quedado solo en su casa. Solo, porque la vieja criada se había retirado a su habitación, en el piso superior, y porque en cualquier caso su presencia se podía considerar como no existente.

Se puso a pensar en lo sucedido y en lo que iba a suceder al cabo de pocas horas. Su gran sueño se vería realizado; a costa de una enorme traición, era cierto, pero esto no contaba en absoluto.

El, Barcroft, siempre había deseado ser el amo. Y siempre se había visto relegado a situaciones secundarias, cuando no de menor importancia aún, como en el caso del cargo de segundo jefe de abastecimientos que ostentaba en la actualidad.

No habían sabido comprender su valía, pero ahora verían todos de lo que era capaz. El dirigiría la Tierra bajo el patrocinio de la gente de Neafar, y todos, absolutamente todos, tendrían que

doblegarse ante él. El propio Queen pagaría muchas humillaciones del pasado. Todos las pagarían. Los que le habían despreciado y los que no le habían hecho caso sabrían quién era él.

Luego había otra cosa. Su pasión por Jessy, fracasada también, lo mismo que sus ambiciones de mando. Pero Jessy tendría ahora que doblegarse, la convertiría en la esposa del personaje más importante de la Tierra, y Barcroft estaba seguro de que aunque sólo fuese por esto la muchacha aceptaría casarse con él.

* * *

Las fuerzas de invasión estaban preparadas ya para realizar su ataque a la Tierra. Era en realidad una lucha por la existencia, ya que de ella dependía que la raza de Neafar poseyera comida en abundancia o que tuviese que buscar otras fuentes de abastecimiento, con lo que se exponía a perecer de hambre.

Los guerreros ocupaban ya sus puestos en las naves próximas a despegar. Eran naves de gran tamaño, parecidas a las que habían empleado para la captura del trigo, pero con su interior dividido en compartimientos en los que se alojaban los guerreros sentados en sus sillas.

Se trataba de unos guerreros sin armas, ya que en cualquier caso les hubiera faltado movilidad y fuerza para manejarlas. Los guerreros de Neafar, como su general Abmac, como el Gran Jefe y como el resto de la población, carecían de fuerza para sostenerse sobre sus pies y se veían obligados a estar constantemente en sus sillas movibles. Su fuerza residía en el cerebro. Un disparo telepático lanzado con toda intensidad podía ocasionar la muerte de quien lo recibiera sin estar prevenido, o sin poseer la suficiente resistencia mental para evitarlo. A un habitante de Neafar le bastaba tener delante a un enemigo y mirarlo, para que sin necesidad de más movimientos cayera aniquilado a sus pies.

Abmac, general en jefe de la gran expedición y responsable de la misma ante el Gran Jefe, estaba en la cabina de mandos de la nave capitana, esperando el informe de un explorador que había mandado a la Tierra a bordo de un platillo volante.

Todo empezaría dentro de breves momentos, pues el viaje en las grandes naves sería casi instantáneo, y aquel mismo día otras naves, cargadas hasta los topes de alimentos, empezarían el suministro en

gran escala a la debilitada población de Neafar.

Un guerrero entró en la cabina para anunciar:

—Keret ha llegado, señor.

Keret era el explorador que Abmac había enviado a la Tierra para que le informase de los últimos acontecimientos.

—Que pase en seguida —ordenó, con impaciencia.

Entró otro enano, sentado en su silla movible, y Abmac se encaró con él.

—¿Todo de acuerdo con lo previsto, Keret? —preguntó.

—Hasta cierto punto nada más, señor.

La desdentada boca de Abmac se torció en un gesto que la hizo más desagradable aún.

—¿Cómo es eso? —quiso saber—. ¡Habla de una vez! ¡Venga!

—En primer lugar, Queen no se ha presentado a la sesión del Consejo Municipal.

—¿Eh? ¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé, señor. Me ha sido imposible averiguarlo. Desde luego no está en su casa.

—Entonces, Barcroft...

—Barcroft no ha podido ser elegido presidente, por dos motivos. Primero, porque no estando Queen nadie le ha propuesto para el cargo. Y segundo porque la muerte del anterior presidente no se ha divulgado aún.

—¿Es posible? ¿Qué ha hecho McLaglen y Farrel?

—No tengo la menor idea, señor. No me ha sido posible averiguarlo.

Abmac hizo un esfuerzo por calmarse.

—Supongo que por lo menos Trevors habrá cumplido y que las fuerzas nos esperarán en los lugares indicados.

—Parte de ellas sí, por lo menos.

—¿Cómo parte de ellas?

—He podido hablar con Trevors. En el último momento ha decidido mantener acuarteladas a parte de sus fuerzas, porque no está seguro de ellas. Los hombres que ha sacado a la calle son de plena confianza, pero los restantes podrían ser más bien un obstáculo que una ayuda.

La mueca de Abmac se hizo más pronunciada.

—Trevors debió decirme antes que desconfiaba de la fidelidad de

su gente —murmuró. Efectuó un esfuerzo mental. Era una llamada telepática a Trevors. No obtuvo resultado. Keret le oyó decir, en voz baja —: Es raro... Todo esto es muy raro... Cierto que hemos pasado hambre durante generaciones, que nuestro cuerpo se ha debilitado, pero la mente respondía. La prueba está en los éxitos que he conseguido entre los humanos... Trevors se doblegó a mi voluntad desde el principio; Queen lo hizo más tarde, y luego Farrel y hasta ese rebelde de McLaglen. Estos dos últimos parecían los más difíciles, porque su voluntad era muy fuerte...

—¿Decía algo, señor? —preguntó Keret.

Abmac le miró como si le viese por primera vez.

—No —contestó, con sequedad. Y volvió a su esfuerzo mental. Murmuró, de nuevo —: Farrel y McLaglen tampoco contestan... No puedo reforzar la presión a tanta distancia; necesitaría tenerlos cerca.

Las cosas no marchaban, como si de pronto se hubiese estropeado toda la maquinaria. Abmac volvió a mirar a Keret. Estaba furioso.

—¿Cuáles son tus órdenes, señor? —preguntó el subordinado.

—Atacar. No podemos echarnos atrás de ningún modo. No puedo perder la confianza que el Gran Jefe ha puesto en mí. Las naves se lanzarán al espacio inmediatamente, y una vez en la Tierra no reconoceremos auxiliares ni aliados. ¡La orden para todos los guerreros de Neafar es el disparo mental a muerte contra todo humano que se le ponga delante!

Las órdenes del general en jefe fueron transferidas a todas las naves. Los veinticinco millones de habitantes de la ciudad de Nueva York sabrían ahora de lo que eran capaces los guerreros de Neafar. La matanza no acabaría, aunque la gente se rindiese, hasta que el propio Abmac cursara la debida orden.

—¡Adelante! ¡Hacia la Tierra! ¡Cada jefe de nave ha sido informado sobre el lugar exacto donde debe aterrizar! ¡Las órdenes se cumplirán a rajatabla!

Más de veinte naves, repletas de guerreros, se hicieron simultáneamente al espacio. La distancia de miles de millones de kilómetros que las separaba de la Tierra sería recorrida, gracias a los motores telepáticos, en un par de segundos todo lo más.

¡La invasión estaba en marcha!

CAPÍTULO VII



HIL McLaglen y Henry Queen se levantaron casi al mismo tiempo. Tomaron un breve desayuno, y se dispusieron a cumplir la misión que les había sido ordenada

Phil había recobrado sus armas después de su forzado pase al bando de Neafar. Se colocó las pistolas al cinto como de costumbre, y se dispuso a abandonar la casa.

—¿Cómo va esa cabeza, Queen? —preguntó.

—No me duele ahora. Estoy meditando el plan de ataque en el Consejo, para conseguir la inmediata elección de Barcroft. Claro que antes es necesario que sepamos...

—No se preocupe, Queen. Farrel y yo realizaremos nuestro cometido en el menor tiempo posible.

Pasaron al pequeño garaje de Queen, donde estaba aparcado el turbomóvil.

—¿Le importaría llevarme hasta el sitio donde he de encontrarme con Farrel? Casi le viene de paso.

—Claro que sí, muchacho. Sube. Yo conduciré.

Y Queen abrió la portezuela para entrar en la delantera del vehículo, donde estaba el cuadro de mandos. Pero se volvió al notar que Phil le cogía por un brazo.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Olvidamos algo?

—Supongo que no. Yo, por lo menos, no he olvidado nada.

—En tal caso... ¿Eh? ¿Qué significa esto? —Queen se acababa de dar cuenta de la pistola que empuñaba Phil con la otra mano, y con la que le estaba apuntando.

—Esto significa que no va a ser usted quien conduzca, sino yo, señor Queen.

—No necesitabas exhibir la pistola para decirme que preferías conducir tú, muchacho.

—Es que... he pensado que sin la pistola no se resignaría usted a meterse en el departamento de los equipajes.

—¿Cómo?

—Como acabo de decirle, señor Queen. Y no perdamos tiempo, porque a mí me hace mucha falta.

Phil seguía empuñando la pistola. Soltó a Queen y abrió el departamento posterior del turbomóvil, destinado a los equipajes. Era un espacio lo bastante grande para que se pudieran meter allí dos o tres personas, aunque la posición de las mismas no resultaría demasiado cómoda.

—Vamos, Queen. Elija: esto o la pistola. Son momentos decisivos.

—Pero, ¿y las órdenes...?

—En este momento le aconsejo seguir las mías. No vacile.

Queen se dio cuenta de lo que se jugaba. Se metió en el departamento, y Phil lo cerró por fuera con llave.

—No le aconsejo que trate de llamar la atención —le advirtió antes—. Mi pistola perforaría magníficamente la plancha.

Luego se sentó en la delantera del vehículo y lo puso en marcha. Consultó su reloj. Disponía aún de media hora antes de encontrarse con Farrel y calculó que en aquel tiempo podía hacer muchas más cosas.

Nadie sospechó que en el departamento de equipajes iba encerrado un hombre, y el turbomóvil se detuvo sin el menor contratiempo ante la casa de Larry Barcroft, el segundo jefe de abastecimientos.

* * *

Barcroft había recibido aquella mañana una inesperada pero al mismo tiempo agradable visita. Cuando se preparaba para salir hacia el Consejo, para tomar parte en la sesión que había de ser nombrado presidente, Jessy llamó a su puerta.

La satisfacción y sorpresa que le produjo la visita no le permitió advertir de momento la grave preocupación que se reflejaba en el rostro de la muchacha ni su aspecto de no haber dormido en toda la noche.

—¡Señorita Queen! Es muy agradable para mí recibirla en mi

casa.

—Le ruego dejemos a un lado los cumplidos, señor Barcroft. Suceden cosas tan graves que exigen se vayan a ellas sin preludios de ninguna clase.

—¿A qué se refiere? —fue entonces cuando Barcroft advirtió el estado de ánimo de Jessy—. ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—Le ha sucedido a Phil McLaglen. ¿Recuerda lo que hablamos la otra noche en los depósitos referente a que esos... esos seres de otro planeta podían hacer con su fuerza telepática? ¡Pues Phil ha caído bajo su influencia lo mismo que m tío!

—¿Eh? — Barcroft aparentó una inmensa sorpresa.

—No lo comprendí hasta después. Yo no soy tan rápida mentalmente, y he estado al margen de muchas de las cosas que han sucedido. Mi primera reacción fue indignarme al oírle hablar en defensa de esos seres. Incluso rompí con él. Pero luego he reflexionado...

Barcroft se estaba esforzando por contener una sonrisa de triunfo mientras aparentaba interesarse por lo que decía Jessy.

—¿Está segura de que se trata de influencia telepática u otra zarandaja por el estilo? Yo no creo en esto.

—Se convino el otro día en que era esto, señor Barcroft.

—Lo convino McLaglen, y creo que el capitán Farrel estuvo de acuerdo también. Pero esto no significa que yo lo aceptara.

—Pero usted se alió con ellos para combatir a los invasores.

—Quizá fui el único que obró con lealtad, aparte de usted, señorita Queen.

—¿Qué quiere decir?

—Le expondré mis sospechas, McLaglen y Farrel hablaron de esa supuesta influencia telepática, sin duda para justificar su propio cambio. Al parecer, esos enanos ofrecen condiciones muy seductoras.

Jessy empezó a retirarse hacia la puerta.

—Creo que me he equivocado —dijo—. He venido a buscar ayuda pensando en nuestra alianza contra el enemigo y lo único que encuentro es a un hombre cuyo interés está en desacreditar a quien ha luchado contra ese enemigo y ha destruido a algunos de sus representantes.

Barcroft avanzó hacia ella. Necesitaba retenerla, puesto que había

ido a su casa. La cosa no podía terminar de aquel modo. Aunque llegara un poco tarde a la sesión del Consejo, quería tener a Jessy predispuesta hacia él y en contra de Phil McLaglen. Buscaría otra manera de difamarlo. Necesitaba que Phil McLaglen pasara por traidor a los ojos de Jessy y que luego él, cuando fuese elegido presidente, se pudiera presentar como una víctima de las circunstancias.

—Espere, Jessy —dijo, con suavidad— Permítame que le exponga mi punto de vista con todo detalle. No se ofenda conmigo, porque es sólo la lealtad lo que me hace hablar así. Si estoy equivocado, prefiero que lo discutamos con calma.

Ella tuvo un momento de vacilación. Y entonces llamaron a la puerta.

Abrió el propio Barcroft, disgustado por la interrupción. Su rostro se contrajo en una mueca de furor al ver a Phil McLaglen en el umbral. La visita era más inesperada que la de Jessy, y desde luego mucho más desagradable.

—¡Usted! —exclamó.

—¡Phil! —gritó a su vez Jessy.

—No esperaba encontrarle en tan grata compañía Barcroft — dijo Phil, mirando a la muchacha.

—Ya ve, pues, que ha venido a molestar —dijo Barcroft con sequedad —. Retírese. Además… usted debería esta ahora en otra parte.

Le punzaban los deseos de formular algunas preguntas pero estaba Jessy delante y no se atrevía. Fue el propio Phil quien pasó directamente a la cuestión.

—Han surgido contratiempos, Barcroft. Venía a decírselo. Queen no puede asistir a la sesión del Consejo.

Al oír nombrar a su tío, Jessy avanzó hacia Phil, interesada.

—¿Le ha sucedido algo a mi tío Henry? —preguntó.

Phil le dirigió una sonrisa.

—Veo que le sigues queriendo, a pesar de todo. Confío que también te quedará un poco de afecto para mí, Jessy.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Nada grave. Tu tío está en mi coche. Sólo que lo tengo encerrado en el departamento de equipajes y no puede salir.

Barcroft empezó a comprender.

—¿De modo que es eso? ¿De modo que usted...?

—Me he permitido tomar decisiones por mi cuenta, Barcroft. Se me hizo antipático el enano de ayer y he decidido no obedecerle. Por eso he encerrado a Queen y por el mismo motivo le voy a encerrar a usted. Lo siento, porque no le podrán elegir presidente del Consejo.

Barcroft se olvidó de Jessy, de la comedia que había representado hacía unos momentos y de todo lo demás. Se olvidó incluso de que era un cobarde y tuvo la sensación de que iba a destrozar a Phil en pocos momentos. El furor le dominaba

Sus puños se alzaron para golpear el rostro de Phil.

—¡Traidor! —gritó.

Pero Phil no tuvo más que hacer un movimiento para evitar el golpe, y pasó al contraataque. Barcroft recibió en la mandíbula algo muy parecido a una coz, que le hizo saltar atrás violentamente, mientras todo lo que le rodeaba empezaba a ponerse borroso a sus ojos. Y el segundo puñetazo de Phil le hizo caer inconsciente por completo.

—Tenía ganas de esto —murmuró el joven —. Las tenía desde que tuve que realizar mi comedia ayer, en presencia de aquel ente asqueroso que pensó haberme dominado.

Jessy le estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—¿De modo que fue una comedia, Phil? ¿Y... no pudiste siquiera hacerme comprender que la realizabas? ¿Has dejado que sufriera tanto toda la noche?

—Era necesario, Jessy. Tu tío estaba delante y él sí que está sometido a la influencia de esos tipos. Era el porvenir, la vida misma de la Humanidad lo que estaba en juego y lo sigue estando. Tengo la sensación de haberme quedado solo en la lucha, y es demasiado para mí. No sé aún si podré vencer.

Había un acento de tan profunda convicción en sus palabras, que Jessy se olvidó al momento del mal rato pasado. Sonrió casi con felicidad.

—¿No estás bajo esa terrible influencia telepática, Phil?

—No, Jessy. Lo intentaron, pero yo me preparé mentalmente para rechazarla, aunque fingí que me había sometido. Pude convencer al enano y evité que forzara más su ataque al contrario de lo que ha sucedido con tu tío. El pobre Queen se rebela cuando la influencia se

debilita, y esto hace que le manden nuevas ondas telepáticas produciéndole unos horribles dolores de cabeza. Quizá si hubiese sabido fingir mejor, tampoco estaría sometido.

—¡Pero tú le salvarás, Phil! ¿No es cierto?

—De momento, lo he inmovilizado. Por lo menos, los planes iniciales de los invasores van a fracasar. No puedo decir nada seguro sobre lo que ocurra después.

Phil consultó su reloj.

—Pero dejemos esto, Jessy —repuso—. No dispongo ya de mucho tiempo y he de ir en busca del capitán Farrel para que entre los dos asesinemos al presidente del Consejo.

—¿Qué…? —las dudas renacieron en Jessy.

Phil sonrió.

—Son las órdenes que tenemos. Supongo que Farrel estará decidido a cumplirlas, pero yo lo he de evitar. Esto era lo que te quería decir, pequeña.

Cogió el cuerpo inanimado de Barcroft, se lo cargó sobre el hombro y salió a la calle. Procuró obrar con la suficiente rapidez para no llamar la atención, y momentos más tarde Barcroft estaba encerrado en el departamento de equipajes junto con Queen, que no se atrevió a pronunciar palabra.

Phil prefirió que tío y sobrina no se viesen. La escena hubiera sido desagradable y hubiese retrasado, además, la marcha de Phil.

—Adiós, Jessy —dijo el joven, despidiéndose—. Ve de nuevo a casa de tu tío y espérame allí. Ocurrirán cosas terribles y ni yo mismo sé cómo les haré frente. No quiero darte esperanzas tontas. Quiero que si perezco sepas que ha sido en cumplimiento de mi deber y en defensa de la ciudad y de la Tierra entera.

Se encontraron uno en brazos del otro.

—Déjame ir contigo, Phil —suplicó ella.

—Es demasiado peligroso. Mejor que esperes el final en casa.

—Phil —dijo ella entonces—, si tú pereces significará que todo se ha perdido; que esos monstruos dominan en la Tierra y que la Humanidad va a ser destruida o esclavizada, ¿Crees que me interesará vivir entonces? ¡Déjame ir contigo! ¡Lucharé a tu lado, y si es necesario moriré a tu lado también! ¡No estás solo, Phil, puesto que somos dos, y no tienes derecho a rechazar mi ayuda por poca que sea!

Phil reflexionó un momento. Luego, abriendo la portezuela del turbomóvil, dijo con decisión:

—Está bien. Sube. Tienes razón, Jessy: la vida no valdría la pena bajo la esclavitud de esos monstruos.

Minutos más tarde, el turbomóvil se detenía en el punto de la ciudad donde Phil y Farrel habían acordado encontrarse. El capitán estaba allí, esperando ya. Phil no tuvo la menor vacilación. Cuando abrió la portezuela del vehículo empuñaba su pistola de balas perforadoras, apuntando al pecho del capitán. No era momento de explicaciones sino de actos.

—¡Suba, Farrel! —ordenó, terminante.

—¿Qué pretende, McLaglen? —preguntó el capitán, sonriendo al ver el arma.

—Sería difícil de explicar, y además falta tiempo. ¡Suba!

Farrel pasó al interior del vehículo. En la pequeña cabina delantera había espacio suficiente para los tres. Phil no se anduvo con contemplaciones. Alzó el arma, dispuesto a descargar un fuerte culatazo sobre la cabeza de su antiguo capitán.

—¡Un momento, McLaglen! —gritó Farrel a tiempo—. ¿No le parece que entre los dos podríamos hacer mucho más?

Phil se detuvo, con el brazo en el aire. Farrel seguía sonriendo. No era el tipo cínico que el día antes le había capturado, entregándole a Abmac. No era un hombre que obrase bajo el influjo telepático de nadie, sino únicamente bajo su propia voluntad. Phil se dio cuenta al momento.

—¡Capitán! —exclamó—. ¿Quiere decir que usted...?

—Exacto. No es necesario que termine, McLaglen. Me cazaron en aquel rincón junto a la fábrica, pero con menos intensidad de la que se habían propuesto. Seguí controlando mi cerebro, aunque fingí obedecer. Se jugaba algo muy grande, McLaglen, y si no le hubiese capturado a usted, quizá nos hubiéramos perdido los dos. Preferí quedarme solo, pero seguro. Mi intención era impedir el asesinato del presidente. No sabía que usted también...

No dijo más. No era necesario. Phil había bajado ya el arma y le estaba tendiendo la mano. Se la estrecharon con fuerza.

—¿Cuáles eran sus intenciones después de «eliminarme» a mí? —preguntó Farrel.

—Ir en busca del coronel. Sospecho que es el mayor peligro, pero

es necesario arrostrarlo. Si conseguimos eliminar, al coronel, la ciudad tendrá aún probabilidades de salvarse Los hombres obedecen por espíritu de disciplina y se abstienen porque su jefe supremo se lo ordena así. Pero cuando otro se haga cargo del mando, el comandante Hastings pongo por caso, todo puede variar y los invasores pasarán un mal rato.

—De acuerdo, McLaglen. Vamos a la Comandancia.

—No tengo idea de cómo está la ciudad. El corone se comprometió a tener ocupados los principales puntos.

—He visto fuerzas, pero no muchas —dijo Farrel—. No se exactamente qué ha pasado. Pero en todo caso, el coronel estará en su puesto de mando de la Comandancia. Vamos allá.

Contra lo que esperaban, no les fueron puestas dificultades. Y poco después de su llegada estaban en el despacho del coronel. Jessy aguardaba en el turbomóvil, que había sido aparcado en el gran patio.

Trevors les recibió con afabilidad. Fue otra de las sorpresas del día.

—Les esperaba —dijo—. Puesto que no han ido al domicilio del presidente he supuesto que vendrían aquí.

—¿Sabe usted que no hemos ido, señor...? — preguntó Phil, asombrado.

—Como jefe de la Policía Metropolitana, mi deber es salvaguardar las vidas de la población, ¿no les parece? La del presidente es una de ellas. Tengo en la casa una patrulla al mando de un sargento, con orden de impedir que se cometa el atentado. Mi contacto con ellos es constante, lo mismo que con las patrullas de vigilancia en los puestos donde han de aterrizar las naves invasoras.

—¡Señor! —exclamó Farrel —. ¿Hemos de suponer que no está usted con el enemigo?

—¿Lo están ustedes acaso? ¿O suponen que su coronel es más estúpido que nadie? Yo...

Se interrumpió para atender a la llamada que acababa de registrarse en un cuadro de mandos. Estableció comunicación.

—¿Alguna novedad, Grodon? —preguntó.

—¡Y grande, señor! —le contestaron —. ¡El enemigo está en la ciudad! ¡Tenemos una nave frente a nosotros en el cruce de la Cuarta Avenida Este con la calle Ochenta y Tres!

—¡Era lo que esperábamos! ¡No hagan nada hasta que hayan salido todos al exterior! ¡Luego, retírense a las casas y abran fuego atómico con la máxima intensidad! ¡No ha de quedar uno con vida!

—Bien, señor. La moral de los hombres es elevadísima.

Trevors cortó. En el cuadro se estaban registrando nuevas limitaciones. Estableció la conexión general y empezó a dar órdenes:

—¡A todos los jefes de patrulla apostados en los diversos lugares de la ciudad! ¡Dejen ante todo que el enemigo salga de las naves! ¡Empiecen luego el ataque con fuego atómico, parapetados en las casas! ¡No permitan que les den frente! ¡Evitando la mirada del enemigo evitarán también sus disparos telepáticos que es el arma de que ellos disponen!

Cortó de nuevo. Miró a los dos hombres que tenía delante y repuso:

—Esto no es más que el principio. Ahora saldrán los turboaéreos a dar la bienvenida a los «visitantes». Sospecho que al Gran Jefe de Neafar no le quedarán ganas de intentar una nueva expedición contra la Tierra. ¿Quieren ocupar un puesto en mi turboaéreo? Los invito.

* * *

Abmac confiaba en el éxito a pesar de todo. Había sufrido algunos fracasos, cuya causa no se explicaba, pero seguía confiando en el poder telepático de sus guerreros; en aquel poder que había hecho invencible a la raza de Neafar en el pasado y que le permitiría seguir dominando en el presente. Con ayuda o sin ayuda de los terrícolas, estaba seguro de vencer. Y ahora se alegraba de no deber nada a nadie. No estaba dispuesto a tener demasiadas consideraciones con sus futuros esclavos, pero ahora tendría menos aún.

Las naves aterrizaron en los puntos señalados. A través del visor, Abmac vio la patrulla que estaba esperando en el cruce. Muy inferior a lo que había prometido Trevors, pero esto no importaba ya. Los planes habían cambiado.

Esperó el aviso de los jefes de las demás naves, indicando que todas habían aterrizado en los puntos previstos.

—Que desembarquen todos los guerreros —ordenó—. No actuarán hasta que se hallen todos fuera, aparentando de momento

que subsiste el acuerdo entre nosotros y los policías. Cuando se hayan ganado la confianza, que empiecen el ataque. ¡No ha de sobrevivir ninguno!

Se abrieron las compuertas de la nave de Abmac y fueron sacadas las pasarelas que permitirían deslizarse las sillas movibles al exterior. Los guerreros empezaron a descender por ellas hasta llegar al suelo.

El destacamento de la policía esperó con toda tranquilidad. Pero cuando todos los guerreros de Neafar hubieron desembarcado, el sargento que mandaba el pelotón lanzó la orden:

—¡A los portales! ¡Rápidos!

Los de las sillas movibles no esperaban aquello. Se disponían a lanzar sus ataques telepáticos, cuando vieron que los terrestres se esfumaban yendo a buscar amparo en los portales de las casas vecinas.

Y entonces empezó el verdadero ataque. Las armas atómicas empezaron a escupir sus silenciosas balas y los guerreros y sus sillas se convirtieron en nubes de humo a cada impacto.

Se produjo un movimiento de estupor. Tal como se había planteado la situación era imposible todo movimiento de defensa. La fuerza mental de los seres de Neafar carecía de poder para detener las balas atómicas o hacerlas estallar antes de tiempo.

Abmac, que seguía en su cabina para dirigir el ataque, estaba loco de rabia.

—¡Atrás! —gritó—, ¡Atrás todo el mundo! ¡Regresen a las naves! ¡Desembarcaremos en otros sitios de la ciudad donde no haya policías traidores y entonces la mortandad será terrible!

Las sillas movibles se dirigieron de nuevo a las pasarelas. A toda prisa, porque el ataque atómico continuaba y las bajas seguían siendo de consideración.

Y entonces se produjo otro aspecto inesperado de la lucha. En el aire apareció una escuadrilla de turboaéreos, que se dirigió rápida hacia la nave haciendo funcionar sus ametralladoras atómicas.

De las gargantas de los supervivientes brotó un colectivo grito de furor. ¡Era imposible luchar contra aquella fuerza! ¡La potencia mental, la famosa fuerza de los seres de Neafar no servía para nada!

Las pasarelas fueron destruidas en brevísimos momentos, y con ellas muchos de los guerreros que las habían alcanzado ya. Los

demás tuvieron que quedarse en tierra, porque el regreso a la nave era ahora imposible.

Y el ametrallamiento continuó, implacable, contra los que pensaban apoderarse con facilidad de la Tierra. Por todas partes no se veían más que nubecillas azules, últimos restos de lo que habían sido guerreros dotados de poderosa fuerza mental.

Abmac comprendió que no tenía más recurso que la huida. Salvarían la nave, regresaría a Neafar y volvería al ataque con más posibilidades de victoria. ¡Todo antes que declararse vencido ante el Gran Jefe!

Pero lo pensó demasiado tarde. Cuando se dispuso a dar la orden telepática a los motores, para que la nave se elevase instantáneamente, el cuadro de mandos se esfumó ante su vista, alcanzado por un disparo atómico efectuado desde el exterior.

Los terrestres habían terminado la destrucción de los guerreros desembarcados, y ahora los disparos se dirigían contra la misma nave. Era sólo cuestión de segundos. Cada bala atómica volatilizaba una enorme porción de material, abriendo un boquete por el que podría pasar el turboaéreo hacia el interior.

Abmac se quedó sin cuadro de mandos y casi sin cabina. La bala atómica acababa de abrir un boquete que le permitía ver por completo el exterior como si se hallara en la terraza de un edificio.

Era cuestión de segundos. La nave entera y él mismo no podían durar mucho más. Y Abmac hizo funcionar rápidamente su silla movible hacia un pequeño platillo volante que llevaba de reserva en la misma cabina. Se exponía a ser alcanzado por otra bala atómica, pero era necesario correr el riesgo Si no se movía, sería destruido con toda seguridad.

Pudo entrar en el platillo cuando la cabina se volatilizaba bajo el mismo. Lo poco que quedaba de la nave acababa re ser destruido por las balas atómicas, pero sin que el platillo hubiera sido alcanzado directamente todavía.

Cursó una rápida orden telepática a los motores, y un instante después, mientras los turboaéreos se disponían a regresar victoriosos, el platillo volante desaparecía de la vista a la máxima velocidad.

—¡No puedo regresar a Neafar sin naves y sin guerreros! — rugió Abmac—, ¡Pero antes que tenga que confesar mi fracaso, todos los

terrícolas que me han traicionado sabrán o que cuesta engañarme!

* * *

En la Comandancia se hallaban de nuevo reunidos el coronel Trevors, Phil y Farrel. Y ahora asistían también a la entrevista Henry Queen, cuyo dolor de cabeza era enorme, y Larry Barcroft, que estaba más blanco que la nieve,

—Bien, señores —dijo el coronel —; creo que ha llegado el momento de explicar algunas cosas con toda claridad. Desde luego, ese monstruoso personaje al que llaman Abmac trató de ejercer influencia sobre mí. Yo advertí en seguida que su fuerza telepática era grande, porque, como saben ustedes, la Policía Metropolitana adiestra a sus hombres en el manejo del cerebro. Quizá se debe a esto a que sean los policías los que han reaccionado mejor contra el esfuerzo del enemigo. También es posible que los seres de Neafar tengan menos fuerza mental de la que ellos mismos suponen. Se han debilitado generación tras generación a causa del hambre, y es lógico que su cerebro se haya resentido de ello, sin que se hayan dado cuenta. Las máquinas los obedecen, porque están construidas para acatar la menor presión mental, pero los humanos bien preparados estamos en condiciones de hacerles fracasar.

«Personalmente acepté un pequeño enlace mental y puse mi cerebro en actitud pasiva, de modo que Abmac creyó haberme dominado. Queen se dejó dominar efectivamente, quizá porque al rebelarse y no aparentar que acataba, Abmac le mandó ondas mentales más fuertes.

»Desde aquel momento, al aparentar que estaba a sus órdenes, realicé mi papel de hombre dominado. Consideré que lo que valía en realidad era el final, y mientras Abmac supusiera que yo estaba bajo su influencia, tendría tiempo de preparar la contraofensiva para el momento decisivo. Yo le contestaba siempre, porque el enlace mental existía, pero mi cerebro no trasmitía lo que yo pensaba en realidad. Supongo que cuando usted, capitán, y usted McLaglen, fueron captados, pensaron lo mismo y realizaron el mismo esfuerzo que yo.

Los dos aludidos asintieron. Ambos habían pensado lo mismo. Si los de Neafar habían pasado hambre durante generaciones, era forzado que sus cerebros se hallasen resentidos y tuvieran menos

fuerza de la que ellos mismos suponían. También Farrel y Phil habían aceptado el enlace mental, pero lo que transmitían sus cerebros no era lo que pensaban. Estando los seres de Neafar en uso completo de sus facultades no hubieran podido obrar de aquel modo. Pero, en este caso, no teniendo los de Neafar problemas alimenticios, tampoco les hubiera interesado la conquista de la Tierra. De hecho, Abmac y su gente vivían bajo una idea falsa de su poder. Y al conseguir un pequeño enlace telepático con sus víctimas, el general en jefe de Neafar no se había esforzado más, salvo en el caso de Queen, creyendo que su victoria había sido completa.

Tal era la explicación de lo que había sucedido en realidad y todos estuvieron de acuerdo en aceptarla. En su lucha habían tenido un poderoso aliado: el hambre; el hambre que durante generaciones habían padecido sus enemigos.

—Ahora ya saben los motivos que tuve al obrar de aquel modo, señores —repuso el coronel —. Nos engañamos todos un poco unos a otros. Siento haberles hecho pasar un mal rato a todos ustedes. Pero el porvenir de la Tierra estaba en juego y era cuestión de honor que la Policía Metropolitana resolviese un ataque contra la ciudad de Nueva York.

Miró severamente a Barcroft y repuso:

—Siento no poderle felicitar a usted como felicito a esos dos caballeros, Barcroft. No tiene ni siquiera la excusa de haber caído bajo el influjo mental de esos seres, como le ha pasado al pobre señor Queen. El no tiene responsabilidad alguna.

—Tampoco la tengo yo, coronel. Aparenté obedecer por lo mismo que ustedes, sólo que fingiendo que lo hacía por mi voluntad.

—¿Por qué no habló entonces con las autoridades?

Barcroft no supo qué contestar. No necesitó hacerlo sin embargo, porque en aquel momento se abrió la puerta y un nuevo personaje entró en el despacho. Era Abmac, que había dejado su pequeño platillo en un rincón del patio y se había deslizado a toda prisa al interior del edificio, sin encontrar a nadie. Los policías estaban en la gran sala cuartel, entregados a la euforia del triunfo. Y el enlace mental que conservaba aún Abmac le permitió localizar con toda rapidez a los que andaba buscando.

Todos se volvieron hacia él. Y todos vieron cómo Barcroft caía de pronto como fulminado. Abmac había realizado la máxima

concentración mental y el disparo le ocasionó la muerte instantánea.

—¡El primero! —gritó—. ¡El más traidor de todos! ¡Los demás...!

No pudo acabar, porque de la pistola atómica que Phil había empuñado brotó rápidamente un rayo. Y Abmac fue el segundo en caer. Mejor dicho, no cayó, porque él y su silla se convirtieron en una pequeña nube que se fue disipando poco a poco.

—Quizá ha buscado esto —murmuró Phil. Luego—: Sabía que no podría regresar a su planeta y ha querido morir llevándose por delante a los que suponía que le habían engañado.

Fuese como fuese, aquello era el fin definitivo. Abmac, el último invasor, el general en jefe, acababa de desaparecer y la Tierra se había salvado. Los seres de Neafar no realizarían un segundo intento después de lo caro que les había costado el primero.

El enlace mental se había roto y Queen notó que le desaparecían instantáneamente los dolores de cabeza. Se quedó como atontado, contemplando una escena de la que nada comprendía.

Trevors contempló el cadáver de Barcroft.

—La justicia se ahorrará trabajo —dijo—. En cuanto a ustedes, todo va a seguir cómo antes... salvo quizá que se producirán algunos ascensos.

—Gracias, señor —contestaron al mismo tiempo Phil y Farrel.

—Bueno — preguntó Queen —, ¿qué ha pasado aquí?

—Te lo explicaremos luego, tío. Ahora, será mejor que nos marchemos. Me disgusta contemplar esto... —dijo Jessy, mirando también el cadáver de Barcroft.

Phil la cogió por un brazo y se la llevó fuera del despacho. Desde la puerta se volvió para dirigirse a Queen.

—Te lo explicaremos todo cuando nos hayamos casado, «tío» —dijo.

Ella protestò:

—Todavía no lo es.

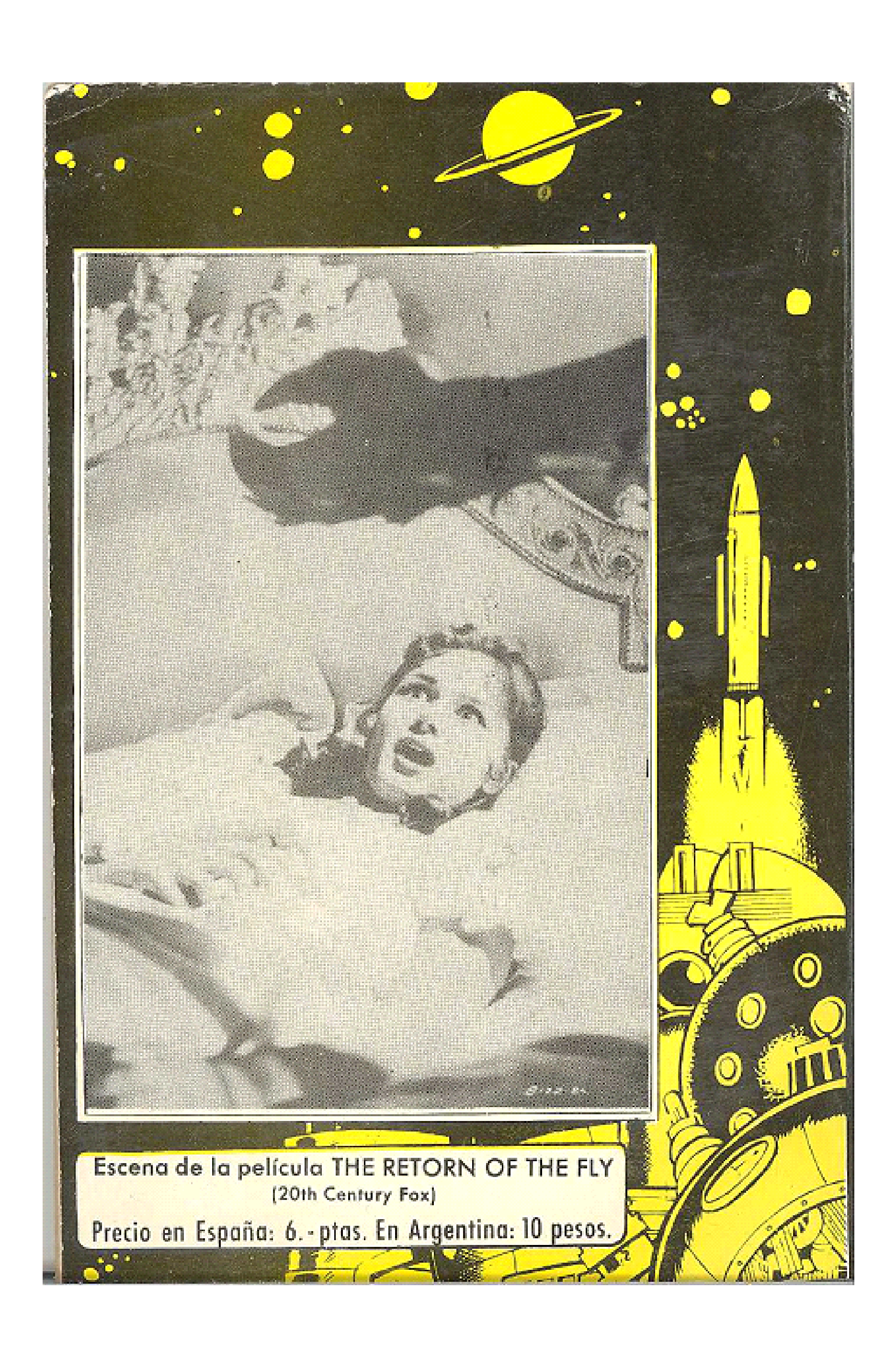
—Pero lo será dentro de muy pocas horas. Quiero precipitar los acontecimientos. No sea que un nuevo intento de invasión lo desbarate todo.

Cerró la puerta. En el pasillo no había nadie y Phil lo quiso aprovechar, estrechando a la joven entre sus brazos.

—Un pequeño anticipo, Jessy —solicitó.

Ella se lo concedió muy complacida.


FiN



Escena de la película THE RETORN OF THE FLY

(20th Century Fox)

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 10 pesos.